

---

# EL ÁRBOL DEL MEJOR FRUTO

---

Personas que hablan en ella:

- **CLODIO, bandolero**
- **MELIPO, bandolero**
- **PELORO, bandolero**
- **CONSTANTINO, príncipe**
- **ANDRONIO**
- **MAXIMINO, padre de Irene**
- **Un PAJE**
- **Cuatro SOLDADOS**
- **COLORO, labrador**
- **LISINIO, labrador**
- **NISE, labradora**
- **MINGO, villano**
- **ELENA, madre de CLORO**
- **IRENE, dama**
- **ISACIO, duque**
- **CONSTANCIO, emperador viejo**
- **Dos CRISTIANOS**
- **Tres INDIOS**

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen con máscaras CLODIO, MELIPO y PELORO,  
bandoleros, acuchillando a CONSTANTINO, de camino, y ANDRONIO*

- CLODIO: Rendíos, caballeros,  
que somos cuatrocientos bandoleros.
- MELIPO: ¿Qué habéis de hacer tan pocos  
contra tantos, si no es que venís locos?
- CONSTANTINO: Yo no rindo la espada  
a quien la cara trae disimulada.  
Quien de ella no hace alarde,  
traidor es, y el traidor siempre es cobarde;  
que, en fin, entre villanos,  
cuando las caras sobran, faltan manos;  
y será afrenta doble  
que se rinda a quien no conoce un noble;  
pues ser traidor intenta  
quien descubrir la cara juzga afrenta.
- PELORO: ¡Mataldos, caballeros.
- CONSTANTINO: Mal conocéis, villanos, los aceros  
que aqeste estoque animan.
- ANDRONIO: Porque no te conocen, no te estiman.  
Diles quién eres.
- CONSTANTINO: Calla,  
cobarde, que es honrar esta canalla  
mostrar tenerlos miedo.  
Cincuenta somos, y el valor que heredo,  
basta.
- ANDRONIO: ¡Qué desatino!
- CONSTANTINO: Villano, ¿es bien que tema Constantino  
a cuatro salteadores,  
cuando besan sus pies emperadores?  
¡Mueran los foragidos!
- TODOS: ¡A ellos!
- PELORO: Pocos son, pero atrevidos.

*Métenlos a cuchilladas*

CONSTANTINO: ¡Ay, Irene querida!                    Dentro  
muerto soy.

CLODIO:            Por callar, pierdes la vida. Dentro

ANDRONIO:        Romanos, de la muerte                    Dentro  
huyamos, que no es cuerdo el que por fuerte  
la fortuna provoca,  
que la temeridad pierde por loca.

*Salen los bandoleros, sacan a ANDRONIO, y trae  
CLODIO unas cartas y un retrato*

CLODIO:        No harás, mientras repares  
encubrirte, y quién eres no declares,  
este retrato y pliego,  
que alimentaba del difunto el fuego.

ANDRONIO:      Ya el callar, ¿qué aprovecha,  
Fortuna en mis desdichas satisfecha,  
si ha de decir la fama  
lo que la lengua encubre y el mundo ama?  
Al César Constantino habéis,  
bárbaros, muerto, y al camino  
saliéndole tiranos,  
la esperanza quitáis a los romanos  
del más noble mancebo  
que vio en sus ojos coronado Febo.

PELORO:        ¡Válgame Dios! ¿Qué dices?

ANDRONIO:      La hiedra de sus años infelices  
en cierne habéis cortado,  
en túmulo su tálamo trocado  
a César con Irene,  
por quien la Grecia luz y vida tiene.  
Desde Roma venía,  
viudo antes que casado; en este día  
le llora el tiempo ingrato.  
De Irene es el bellísimo retrato

que en aqueste trasunto  
 amor pintado paga amor difunto.  
 Huid de la venganza  
 de un monarca que a todo el mundo alcanza,  
 que su padre, el augusto,  
 tiene de procurar con amor justo,  
 en sabiendo la nueva  
 que mi desdicha y su rigor le lleva.

*Vase ANDRONIO*

CLODIO: ¡Cielos! si aquesto es cierto,  
 todo el imperio ha de vengar el muerto.  
 ¿Pues de qué traza y modo  
 podemos resistir al mundo todo?  
 Huyamos, bandoleros,  
 que no son muros estos montes fieros  
 para excusar castigos  
 de tantos y tan fuertes enemigos.

MELIPO: No nos han conocido  
 con el disfraz, que nuestra vida ha sido,  
 y de estos desconciertos  
 no hay que temer, no siendo descubiertos.  
 Lo mejor es que huyamos,  
 y los ricos despojos repartamos,  
 pues con ellos podremos  
 de la pobreza asegurar extremos.

PELORO: ¡Notable desatino!

UNO: Corra la voz que es muerto Constantino.

CLODIO: Murió en este destierro  
 el César.

OTRO: Constantino ha sido el muerto.

*Vanse dando voces. Salen CLORO y LISINIO,  
 labradores, CLORO será el mismo que, hizo a CONSTANTINO*

LISINIO: La conformidad constante,  
 Cloro, que quiso algún Dios

hacer que fuese en los dos  
 de un natural semejante,  
 de tal suerte me ha inclinado,  
 que no me hallo sin ti.  
 ¿Qué es lo que haces aquí,  
 siempre en libros ocupado?  
 Mira que al tosco sayal  
 el ser letrado repugna.

COLORO: Desmintiendo a mi fortuna,  
 Lisinio, mi natural,  
 aunque en verme te congojas  
 cuadernos desentrañando,  
 por árboles voy mirando  
 libros, pues todos son hojas.  
 No nací para pastor,  
 puesto que mi madre sea  
 natural de aquesta aldea,  
 porque el oculto valor  
 que vive dentro en mi pecho,  
 me inclina, si lo penetras,  
 a las armas y a las letras;  
 y aunque estudio sin provecho,  
 el amor de aquesta gente,  
 que los Césares romanos  
 persiguen por ser cristianos;  
 el verla tan inocente,  
 tan constante en los trabajos  
 y en los tormentos tan firme,  
 he venido a persuadirme  
 que, no pensamientos bajos,  
 sino verdades ocultas  
 amparan su profesión,  
 y hélos cobrado afición.

LISINIO: No sin causa dificultades  
 lo mismo que yo resisto  
 cuando de sus cosas trato.  
 Su sencillez y recato  
 amo, Pero aquese Cristo  
 que adoran me hace dudar  
 y que de su ley me asombre.

COLORO: ¿Por qué?

LISINIO: Anteponer un hombre  
 a los dioses, ¿no ha de dar  
 ocasión de que por locos  
 los juzgue? A un crucificado,  
 de su nación despreciado,  
 tenido por Dios de pocos,  
 y esos pocos, pescadores,  
 a quien, como simples pudo  
 engañar, roto y desnudo,  
 ¿qué Augustos, qué emperadores  
 de su parte alegar puedes,  
 que acrediten sus hazañas,  
 sino barcas, y marañas  
 de engaños, como de redes?  
 La ley de nuestros pasados  
 es de más autoridad,  
 porque toda novedad  
 fue dañosa en los estados.  
 La adoración de los dioses,  
 por antigua y santa adoro.  
 Déjate de engaños, Cloro.

COLORO: Cuando repugnarla oses,  
 ¿qué importa, Lisinio amigo,  
 si sus obras celestiales  
 muestran que son inmortales?  
 Aunque yo a los dioses sigo,  
 ¿perdieran tantos la vida  
 con tal gusto, a no saber  
 que otra mejor ha de ser  
 para su fe prevenida?  
 ¿Hicieran milagros tantos?  
 ¿Vencieran tantos tormentos,  
 siempre humildes y contentos,  
 a no ser buenos y santos?  
 ¿Qué fuego se atreve a ellos?  
 ¿Qué mares los anegaron,  
 aunque millares echaron  
 con hierro y plomo a sus cuellos?  
 Los anfiteatros digan

si los tigres y leones,  
mansos a sus oraciones,  
a sus pies vienen y obligan.

Diga el cuchillo más fuerte  
si en ellos tuvo poder.  
Si es así ¿qué pueden ser,  
hombres que vencen la muerte?

LISINIO: Encantadores.

COLORO: No creo  
que ese atributo les dieras  
si en este libro leyeras  
lo que yo admirado leo.

LISINIO: No dio el cielo a mi ignorancia  
tal ventura, que aprender  
haya podido a leer,  
aunque soy todo arrogancia.

Mas, ¿qué libro es éste?

COLORO: Historia  
de mil de aquestos que dieron  
sus vidas, y al fin salieron,  
aunque muertos, con victoria.  
¿Quieres oír algo de él,  
y sabrás quién es su Dios?

LISINIO: Di.

COLORO: Sentémonos los dos  
debajo de este laurel.

*Siéntanse debajo de un laurel y lee CLORO*

"Pedro y Andrés, en cruz, con fe divina  
un Dios confiesan sólo Omnipotente  
victorioso del mar, triunfa Clemente;  
del cuchillo y navajas, Catalina.

Palmas ganan Eulalia con Cristina;  
un Laurencio honra a España y un Vicente;  
del cordero en la púrpura inocente  
justa se baña, auméntala Rufina.

Sebastián, con las plumas de sus flechas  
corónicas al cielo en sangre envía;

salen Diego e Ignacio vencedores.

Leocadia ablanda cárceles estrechas;  
cuchillos vence Inés, llamas Lucía."

VOZ: Lisinio y Constantino, Emperadores. Dentro

*Cae sobre sus cabezas un ramo de laurel*

COLORO: ¿Qué es esto?

LISINIO: Son las grandezas  
con que el cielo nos sublima.  
Cayendo el laurel encima,  
corona nuestras cabezas.

COLORO: Emperadores nos llama  
quien nuestra dicha pregona,  
y la ninfa nos corona  
que Apolo consagró en rama.

LISINIO: Cloro, ya el cielo se ofende  
de nuestro ocio, pues que de él  
cayéndose este laurel  
nos despierta y reprehende.

Tu pecho con él anima,  
y deja estorbos cobardes.  
Basta esta rama, no aguardes  
que se caiga un monte encima,  
que yo, animado por él,  
desde hoy el traje grosero  
dejo, porque verdadero  
salga este imperial laurel.

Escuadrones de soldados  
me ofrece el cielo propicio,  
no en el rústico ejercicio  
hatos de humilde ganado.

Aquésta es mi inclinación.  
Púrpura, a mi ser igual,  
reinos dará a mi sayal  
hazañas a mi opinión.

Maxencio en Roma adelanta  
su ambición y mis deseos,  
y con augustos trofeos

gentes alista y levanta.

Con Constancio tiene guerra,  
del mundo competidor  
un sol y un emperador  
pretende solo la tierra.

Si quieres que militemos  
a su sombra, Cloro noble,  
y que la encina y el roble  
en lauro y palma troquemos,  
dejemos montes los dos,  
que rústicos animales,  
ni cívicas, ni murales  
dan coronas, sino Dios.

COLORO: Oye, Lisinio, primero,  
pues como el oro en la mina,  
una alma escondes divina  
dentro de un cuerpo grosero;  
que puesto que el pensamiento  
que tienes en mí es de estima,  
lo que más el pecho anima  
es el noble nacimiento.

Déjame saber quien soy,  
pues nunca mi ingrata madre  
me ha dicho quien es mi padre,  
que mi palabra te doy,  
ya sea, como imagino,  
generoso, ya al sayal  
deba el ser y natural,  
que este presagio divino  
contigo haga verdadero,  
sin que peligros sean parte  
para que de ti me aparte;  
antes, desde agora quiero  
que de cualquiera fortuna  
que nuestra dicha prevenga,  
igual parte en ella tenga  
cada cual, porque sea una.

Si fuere César, serás  
César como yo; si rey,  
rey serás con igual ley

sin dividirse jamás  
 por guerra o por otro extremo;  
 que más puede una amistad,  
 si es firme, que la hermandad  
 crüel de Rómulo y Remo.

LISINIO: Eso mismo que me ofreces  
 cumpliré, Cloro contigo,  
 haciendo al cielo testigo,  
 como a sus deidades, jueces.

Pero no puedo esperarte,  
 que la inclinación me llama.  
 Aplica espuelas la fama,  
 y abraze mi pecho Marte.

No nos veremos los dos  
 mientras monarca no seas  
 del mundo.

COLORO: Su esfera veas  
 a tus pies.

LISINIO: Adiós.

COLORO: Adiós.

*Vase LISINIO. Sale NISE, labradora, y MINGO,  
 villano, con un harnero*

MINGO: ¡Válgame Dios! ¿Por echarle  
 la cebada os da molestia?

NISE: ¡Calla, bruto, necio, bestia!

MINGO: Eso sí, apodar y darle.  
 Pues no suelo yo ser mudo,  
 ni vos muy limpia, aunque habláis,  
 que media azumbre gastáis  
 de agua en lavar un menudo.

NISE: ¡Yo! ¿Cuándo?

MINGO: El de hoy os avise.

NISE: Tú mientes.

MINGO: ¡Darle, y gruñir!

COLORO: ¡Que siempre habéis de reñir!  
 ¿Qué tienes con Mingo, Nise?

NISE: Aposentóse un doctor  
 en el mesón...

MINGO: ¿Qué? ¿Quería

decirlo ella? En fin, venía  
 afligido del calor  
 y de hambre de la jornada.

Mandónos poner a asar  
 una gallina, y echar  
 paja a la mula, y cebada.

Entro luego en la cocina,  
 y como mal entendí,  
 la cebada al doctor di,  
 y a la mula la gallina.

¡Miren qué culpas son éstas!

COLORO: ¿Vióse necedad mayor?

MINGO: ¿Pues no ha llevado al doctor  
 la cansada mula a cuestras?

¿No es bien que a quien más trabaja  
 se dé mejor de cenar?

Luego bien hice de dar  
 al doctor cebada y paja,  
 y a la mula la gallina.

NISE: ¡Calla, bestia!

MINGO: ¿Pensáis vos  
 que no sabe de los dos  
 la mula más medicina?

*Sale ELENA, de labradora*

ELENA: ¡Que no ha de haber ocasión  
 que donde quiera que estáis  
 ambos a dos, no riñáis!

MINGO: ¿Qué quiere? Soy un riñón.

NISE: Mientras este bruto esté  
 en casa, ¿quién no dará  
 voces?

ELENA: Éntrate tú allá.

NISE: ¡Para ésta!

MINGO: Jurad la fe;  
 si es bien que en vuesa fe crea,  
 no siendo la fe de Dios,  
 aunque si se añade en vos,

no va mucho de fe a fea.

*Vase NISE*

ELENA: Cloro, ¿qué haces aquí?

COLORO: Generosos pensamientos

animan atrevimientos

tan poderosos en mí,

que me han obligado, madre,

que, porque los certifique,

aquesta vez te suplique

me digas quién fue mi padre.

Que el ilustre natural

que a mi humildad hace guerra,

me certifica que encierra

este rústico sayal

prendas con que esfuerzo cobre

el valor a que se aplica,

sin creer que alma tan rica

procede de un padre pobre.

ELENA: Cloro si estos pensamientos

los gobernara el jüicio,

que en esta ocasión te falta,

fueran sabios como altivos.

A un pastor, humilde y pobre,

debes el ser abatido,

que no en palacios soberbios

te dio, sino entre cortijos.

Una pajiza cabaña,

que contra el sol, el estío,

y contra el agua, el invierno

sirve de toldo propicio,

es tu casa de solar;

no los pavimentos ricos,

ni los artesones de oro,

asombro del artificio.

¿Qué importa que el arroyuelo,

soberbio cuanto atrevido,

con las lluviosas corrientes  
haga competencia al Nilo,  
si la tempestad pasada  
vuelve al mísero principio,  
y después pisar se deja  
del animal más sencillo  
y pequeño de la tierra,  
dando a sus pasos camino?  
Nacen a la hormiga avara  
alas para su peligro,  
pues cuando a Dédalo intenta  
imitar, de un pajarillo  
es miserable sustento,  
sepulcro haciendo su pico.  
No es bien que porque la palma  
hasta el alcázar lucido  
se atreva a subir del sol,  
un junco desvanecido,  
competir con ella,  
pues de su flaco principio  
ignorando el fundamento  
es verdugo de sí mismo.  
Cuando te pintes, soberbio,  
Rómulo, Alejandro y Ciro,  
y la ambición te prometa  
coronas y señoríos,  
considérate un arroyo,  
no profundo caudal río!  
un junco, una hormiga vil,  
y desharás, convencido,  
ruedas de pavón soberbias;  
que si la corneja quiso  
vestirse plumas hurtadas,  
ellas le dieron castigo.  
No violentes, ambicioso,  
tu natural, si perdido  
después llorar no pretendes  
juveniles desatinos.  
Una haza son tus armas,  
y en vez del estoque limpio,

la hoz corva, el tosco arado,  
 ovejas y un novillo.  
 Éstos ejercita, Cloro,  
 a Scipiones y Fabricios  
 deja triunfos y victorias  
 pues para pobre has nacido.

*Vase ELENA*

COLORO: Rigurosa madre, espera.  
 ¡Ay, cielos! no sé si impíos,  
 porque en tales desengaños  
 sepultáis nobles designios.  
 ¿Para qué Elena te llamas,  
 si siempre este nombre ha sido  
 blasón de ilustres matronas,  
 que en ti despreciado miro?  
 Nunca yo quien soy supiera,  
 pues la humildad pone grillos  
 al deseo ya frustrado,  
 que de un rústico soy hijo.

MINGO: Yo, a lo menos más dichoso  
 soy, aunque me llamo Mingo,  
 pues si no mintió mi madre  
 diz que me parió en el signo  
 de Capricornio, y en fe  
 de esto la comadre dijo  
 que un sátiro me engendró  
 y por eso satirizo.

*Sale CLODIO, con las cartas y retrato. PELORO y  
 MELIPO*

CLODIO: Cuanto más lejos estemos  
 del emperador, airado,  
 cuyo hijo malogrado,  
 sin conocer, muerto habemos,  
 más se asegura la vida,

que con tanto riesgo está.  
 Al romano imperio da  
 Persia guerra defendida;  
 en ella no hay que temer  
 Clodio, castigo o venganza,  
 pues en su reino no alcanza  
 de Roma todo el poder.  
 Descansemos por agora  
 en esta venta.

COLORO:                    ¡Ay, de mí,  
 que tan humilde nací  
 que cuando el cielo mejora  
 con el esfuerzo el valor  
 de quien ilustrar desea  
 Cloro, cielos, Cloro sea  
 hijo de un pobre pastor!

CLODIO:            Labradores, ¿hay posada?  
 ¿Para cuántos?

COLORO:                    ¡Detenéos,  
 desvanecidos deseos!

MINGO:            No les faltará cebada  
 que coman, si son doctores,  
 ni gallinas que les demos  
 a las mulas.

CLODIO:                    ¿No tenemos,  
 a pesar de los temores  
 con que a costa, del cansancio  
 animan nuestro camino.  
 presente aquí a Constantino,  
 hijo del César Constancio?

MELIPO:            A no desdecirlo el traje  
 y saber que queda muerto  
 yo lo tuviera por cierto,  
 sino es que del cielo abaje  
 a castigar nuestro insulto  
 disfrazado en el sayal.

CLODIO:            ¿No es retrato original?  
 Sí, que vive en él oculto.  
 ¿No es aquella su cabeza,  
 sus ojos, su boca y talle?

PELORO: En él quiso retratalle  
la sabia Naturaleza.

No he visto igual semejanza.

CLODIO: Ahora bien; sea o no sea  
quien mi ventura desea,  
si consigue mi esperanza  
lo que mi intento procura,  
y este hombre, amigos engaño  
hoy con un ardid extraño,  
doy alas a mi ventura.

MELIPO: ¿Pues qué pretendes hacer?

CLODIO: Pues que se parece tanto  
al difunto, que es encanto,  
si no es del cielo poder,  
y aquí cartas y retrato  
de Irene tengo, intentemos  
persuadirle, si podemos  
y tiene ingenio y recato,  
que se finja Constantino  
y se case con Irene.

MELIPO: ¡Extraña traza, si viene  
a admitir tal desatino!  
Mas ¿cómo un tosco pastor  
mudará su grosería  
en el trato y policía  
de un romano emperador,  
si conforma con su traje  
su ingenio:

CLODIO: De un tosco roble  
se hace una imagen noble.

PELORO: Siendo bárbaro el lenguaje  
que aqueste monte le ha dado,  
descubrirá esta traición.

MELIPO: Disfrazóse de león  
un bruto torpe, y trocado  
en él, bramar cual él quiso,  
y dicen que rebuznó,  
y en su afrenta, a todos dio  
de su atrevimiento aviso.  
Lo mismo ha de sucedernos

si hacemos tal desvarío.

CLODIO: De su traza y rostro fio  
que podemos atrevernos.

Aquellas nobles facciones,  
del príncipe semejanza,  
me animan.

MELIPO: Todo lo alcanza  
la industria. A mucho te pones;  
aunque si con eso sales,  
seguro está el interés  
y ventura de los tres,  
porque a Dédalo te iguales.

CLODIO: Si con Irene se casa  
y a ver a Constancio va,  
cuando de su hijo está  
llorando la suerte escasa,  
la similitud extraña  
que le iguala a su valor,  
burlará al emperador;  
y si dichoso le engaña  
y le tiene por su hijo,  
¿qué más dicha?

MELIPO: Quedó el muerto  
a elección en el desierto  
de las fieras. Yo colijo  
que ya habrán hecho en él presa.  
Si no parece ¿quién duda,  
viendo que en éste se muda  
y el imperio le confiesa  
por el propio Constantino,  
que su padre ha de creer  
ser el mismo?

PELORO: Vendrá a ser  
un engaño peregrino.

CLODIO: Ponerlo en ejecución  
falta sólo.

COLORO: (¡Que haya sido Aparte  
tan bajamente nacido!  
¡Ay, loca imaginación!)

*De rodillas*

CLODIO: Danos esos pies augustos,  
si merecemos besallos

COLORO: ¿Qué es esto?

CLODIO: Honra tus vasallos  
con premios señor, tan justos.

COLORO: Señores, si el tosco traje  
que traigo, os obliga así  
a que hagáis burla de mi,  
ninguno me hizo ultraje  
que, con honrada venganza  
no sirviese de escarmiento  
a su necio pensamiento.

CLODIO: Generosa semejanza  
del más ilustre heredero  
que Roma a su imperio dio  
y la muerte malogró,  
si el retrato verdadero,  
que autoriza y ennoblece  
hoy en ti su original,  
no es en tu alma desigual  
y a la tuya le parece  
por un extraño camino  
ha puesto el cielo en tu mano  
la esfera y globo romano  
y feliz de Constantino.

Si a tu saber satisfaces  
y tu persona eternizas,  
de sus augustas cenizas  
milagro al mundo renaces.

Constantino, sucesor  
de Constancio, partía a Grecia,  
que en fe de lo que le precia  
Maximino, emperador  
y monarca del Oriente,  
a Irene le había ofrecido,  
hija suya, y reducido  
el griego lauro a su frente.

Con este retrato y pliego  
 caminaba Constantino,  
 cuando saliendo al camino  
 un escuadrón loco y ciego  
 de quinientos foragidos,  
 de repente le asaltaron,  
 y el abril verde agostaron  
 de treinta años no cumplidos.

Por no darse a conocer  
 dio venganza a sus aceros.  
 Huyeron los bandoleros,  
 que vinieron a saber  
 la calidad del difunto,  
 temerosos del castigo.

Yo, de su muerte testigo,  
 tomando aqueste trasunto  
 de Irene, y cartas, volvía  
 con las nuevas lastimosas  
 a su padre; mas, piadosas  
 las deidades este día,  
 ofreciéndome tu vista,  
 quieren en tí consolar  
 la pérdida y el pesar,  
 que es imposible resista

Constancio, si a saber viene  
 que le ha quebrado su espejo  
 a Fortuna, y por ser viejo  
 la muerte su fin previene.

Tú, pues, dichoso pastor,  
 que con su imagen heredas  
 su imperio, para que puedas  
 dar principio a tu valor,

si quieres en lugar de él  
 transformarte en Constantino,  
 el cielo a ofrecerte vino  
 el siempre agosto laurel.

PELORO: No pierdas esta ventura,  
 que por lo que interesamos  
 de ella palabra te damos  
 de hacerla los tres segura.

MELIPO: Constantino--que ya quiero  
de aqueste modo llamarte--  
procura determinarte.  
Deja ese traje grosero,  
que aquí del César traemos  
con que serás transformado  
o igual, no traslado.

MINGO: ¿Pallas en casa tenemos?  
¡Voto al sol, gente ruin,  
que si la honda desato,  
doy dos silbos al hato  
y hago venir al mastín,  
que el dimuño os trajo acá!

COLORO: Basta la burla, señores;  
ved que somos labradores,  
y no se sufren acá.

CLODIO: Para que la verdad creas,  
que por tu dicha te trato,  
en este sutil retrato  
quiero que tu imagen veas,  
y con ella a Constantino,  
que al sacro laurel te llama.

PELORO: Al atrevido la fama  
ayuda.

COLORO: ¡Cielo divino!  
Parece que en el cristal  
me miro de alguna fuente,  
aunque en traje diferente  
seda aquí y en mí sayal.  
(¿Qué hay que recelar, temor, Aparte  
si el cielo a cumplir empieza  
del laurel que en mi cabeza  
me gratuló emperador  
el pronóstico divino?  
Crédito a mi dicha doy.)  
Cloro he sido; ya no soy,  
sino el César Constantino.  
Dadme el retrato de Irene.

CLODIO: Éste es.

COLORO: ¡Qué hermosa pintura!

Cifrada aquí la hermosura  
 todos sus milagros tiene.  
 Sólo de mis pensamientos,  
 que ya ejecutarlos trato,  
 puede ser este retrato  
 dueño hermoso. Atrevimientos,  
 en vuestras alas sutiles  
 fundo mi imaginación  
 nobles mis intentos son,  
 si mis principios son viles.

Vamos a Grecia, vasallos,  
 que aunque este apellido os doy,  
 vuestro amigo firme soy.  
 Haced prevenir caballos,  
 y advertid que si el secreto  
 de este engaño descubris,  
 aunque pastor me advertís,  
 ser Constantino os prometo  
 en vengarme y castigaros.  
 Ya el verdadero murió,  
 y en mi pecho se infundió  
 su alma. Sabré premiaros  
 y castigaros también.  
 Su alma el César me ofrece,  
 que en quien tanto se parece  
 por fuerza ha de hallarse bien.

- PELORO: ¿Hay mudanza semejante?  
 MELIPO: ¿Hay más portentoso extremo?  
 CLODIO: ¡Vive el cielo que le temo!  
 PELORO: Yo tiemblo en verle delante.  
 CLORO: ¿Quieres venirte conmigo?  
 MINGO: ¿Que por que se pareció  
 al otro, Cloro salió  
 emperadero?  
 CLODIO: Sí, amigo.  
 MINGO: ¡Que nunca yo me parezca  
 a nadie!  
 CLORO: Acaba grosero.  
 MINGO: ¿No habrá otro emperadero  
 por ahí a quien merezca

parecerme?

MELIPO: Sí, a mi jumento,  
pues os parecéis los dos.

MINGO: Luego, parézcome a vos.  
Ir contigo, Cloro, intento.

COLORO: No soy Cloro desde aquí,  
Mingo, sino Constantino.

MINGO: Yo os lo llamaré si atino.

Una vez me parecí  
a otro en tiempo crüel,  
porque a palos me molieron  
de noche, y luego dijeron,  
"perdone, que no era él."

COLORO: Dadme el caballo y vestido,  
y no pongamos en duda  
nuestra suerte, pues ayuda  
la Fortuna al atrevido.

CLODIO: A mucho nos atrevemos  
y temo...

PELORO: ¿Qué hay que temer?

CLODIO: Que nos vengan a deshacer  
aquéste, porque le hacemos.

*Vanse todos. Salen MAXIMINO e IRENE*

MAXMINO: Ya, Irene, se llegó el día  
en que el César sea tu esposo.

IRENE: Si de la inclinación mía  
el ánimo belicoso  
sabes que mi valor cría,  
¿por qué tu rigor le enlaza  
en el yugo que embaraza  
la libertad y quietud?  
Manda tú a mi juventud  
que se ejercite en la caza;  
que del jabalí protervo  
el curso ligero siga  
con que mis gustos conservo;  
que el tigre sagaz persiga

y alcance al tímido ciervo,  
 que en sus despojos celebre  
 triunfos, y el venablo quiebre  
 en el león arrogante,  
 ya con el noble elefante,  
 ya con la tímida liebre;  
 y no me mandes que el gusto  
 pierda a mi edad el respeto,  
 que aunque es el tálamo justo,  
 no sabrá vivir sujeto  
 mi pecho libre y robusto.

MAXIMINO: Si a mi voluntad te allanas,  
 al César por dueño ganas,  
 de las romanas esferas.  
 Anda a caza, en vez de fieras,  
 de libertades humanas.

IRENE: No es, padre y señor, decente  
 el estado que me das  
 al valor que el alma siente.

MAXIMINO: Yo sé que mi gusto harás.  
 .....[ -ente.]

*Vase MAXIMINO*

IRENE: La cerviz indomable del toro ata  
 con las coyundas de su yugo grave  
 el labrador, y brama, porque sabe  
 que su preciosa libertad maltrata.  
 Al pájaro, que en plumas se dilata,  
 el cazador cautiva del süave  
 acento enamorado, y llora el ave,  
 aunque honren su prisión rejas de plata.  
 No en los jardines la florida yerba  
 medra del modo que en el monte y prado,  
 patria y solar de su morada verde.  
 Dichoso, libertad, el que os conserva,  
 pues es prisión el solio sublimado  
 de quien por reinos, vuestro reino pierde.

*Sale ISACIO, Duque, y luego un PAJE*

ISACIO:        Hermosa prima, ¿qué haces  
sola, si lo puede estar  
quien se precia de llenar,  
tiranizando las paces  
      del Amor, como él atados  
al carro de sus prisiones  
encendidos corazones  
con grillos de sus cuidados?  
      ¡Ay, si mereciera yo  
que te acordaras de mí!

IRENE:        ¡Oh, Isacio! Como nací  
libre, y el cielo me dio  
      un alma de quien soy dueño,  
por no ser pródiga y darla  
a prisión, quiero gozarla.  
Pensar que he de amar, es sueño.  
      Hoy dicen que Constantino  
a darme la mano viene  
de esposo, como si Irene  
al mismo Apolo divino  
      sujetar imaginase  
la preciosa libertad,  
que en mí es única deidad,  
sin que amor mi pecho abrase.  
      ¡Viven los cielos, que adora  
todo el humano poder,  
que de Irene no ha de ser,  
si no es Irene señora!  
      Mal mi padre me conoce.

ISACIO:        Con eso contento quedo.  
Pues yo gozarte no puedo,  
ninguno, Irene, te goce;  
      que si tu desdén furioso  
a cuantos te aman alcanza,  
quedaré sin esperanza,  
mas no quedaré quejoso.

IRENE: Verás, cuando el César venga,  
retratado en mí el desdén.

ISACIO: Mas vale tratarle bien,  
porque tu padre no tenga  
ocasión que a la impaciencia  
provoque, que es el poder  
rayo, y éste suele ser  
más daño en mas resistencia.

Entretenlo con engaños  
ni le trates amorosa  
ni le mires desdeñosa,  
hasta que los desengaños  
le dispongan poco a poco,  
que un repentino rigor  
suele aumentar el amor,  
pues con furias crece el loco.

IRENE: No dices mal; y a fe, Isacio,  
que luce más con su opuesto  
el sol a la sombra expuesto.  
Desdeñaréle despacio,  
y por tu consejo sabio  
me guiaré en esta ocasión,  
forzando mi inclinación.

ISACIO: Fingiendo no ser, agravio,  
cuando llegue, encubre enojos;  
recíbele agradecida,  
ostenta risa fingida,  
dale a beber por los ojos  
ponzoña sabrosa y lenta,  
y engaña a tu padre así.

PAJE: Ya llega, señora, aquí  
el César.

IRENE: Mi pena aumenta.  
Pero ¿sabes qué he pensado?  
Que para que me aborrezca  
y en verme no se enterezca,  
encontrando a Amor armado,  
pensando hallarle desnudo,  
que en el marcial ejercicio  
me hallo ocupada.

ISACIO:                    Codicio  
 el daño que de eso dudo,  
     porque de aquesta suerte  
 te halla bella y belicosa.  
 Si te amaba por esposa,  
 ha de adorarte por fuerte.

IRENE:                En eso, primo, te engañas.  
 El amante que es prudente  
 no busca dama valiente.  
 Al hombre ilustran hazañas,  
     y a la mujer, la hermosura,  
 los regalos, la afición,  
 la apacible condición,  
 las lágrimas y blandura.  
     Tiernos les dieron los nombres,  
 porque con terneza amasen  
 y regaladas templasen  
 la condición de los nombres;  
     que el ejercicio marcial  
 es violento en la mujer,  
 como en la nieve el arder,  
 derretirse el pedernal,  
     y acobardarse el león.  
 Y la que así no lo hiciere,  
 es señal que usurpar quiere  
 la preeminencia al varón.  
     Yo sé que si Constantino,  
 en vez de amorosa, armada  
 me ve, a la guerra inclinada,  
 que por el mismo camino  
     que en mi amor tierno se abrasa,  
 primo, me ha de aborrecer,  
 porque no pueden caber  
 dos hombres en una casa.

ISACIO:                Tu divina discreción  
 es igual a tu hermosura.  
 Que te aborrezca procura.  
 Ejecuta esa invención  
     en que estriba mi esperanza,  
 dando alas a mi deseo.

IRENE: Quiero ensayar un torneo.  
 Sácame, Isacio, una lanza,  
 mientras la espada me ciño,  
 para que el César, amante,  
 de verme armada se espante;  
 que Amor teme, porque es niño

ISACIO: De las que en esta armería  
 hay, es ésta la mejor

IRENE: Haz tocar un atambor.

ISACIO: Miedo me das, prima mía.  
 De la guarda de palacio  
 hay una aquí.

IRENE: Toque, pues.  
 Aquésta la entrada es  
 del torneo. Advierte Isacio

*Hace la entrada del torneo con gallardía.  
 Tocan chirimías. Salen CLORO, vestido de príncipe,  
 MELIPO, PELORO, CLODIO, MAXIMINO y MINGO*

MAXIMINO: Aquí aguarda a vuestra alteza  
 la Princesa, agradecida  
 a vuestro amor y venida;  
 mas ¿qué es esto?

COLORO: A su belleza  
 añade la fortaleza,  
 como a mi amor, nuevas alas.  
 Las armas entre las galas  
 parecen en ella bien  
 para que juntas estén  
 tierna, Venus; fuerte, Palas.

MAXIMINO: Su inclinación belicosa  
 me asombra. Sepa que estamos  
 aquí.

COLORO: Eso no. Suspendamos  
 en su hermosura animosa  
 la vista y alma dichosa  
 en este ejercicio un poco.  
 (¡Vive el cielo, que estoy loco! Aparte

¡Ay, griega del alma hermosa!)

*IRENE habla aparte con ISACIO*

IRENE: ¿Qué te parece?

ISACIO: El extremo  
de la gracia y la destreza.  
Aunque adoro a tu belleza,  
tu valor y ánimo temo.

COLORO: (¡Por Júpiter, que me quemó      Aparte  
entre su armado rigor  
de inmortal y tierno amor!

MINGO: (¡Válgate Dios por muchacha!      Aparte  
Si eres hembra, o eres macha  
no casarte es lo mejor.)

IRENE: Saca la espada y verás  
cuán bien los golpes ensayo.

ISACIO: En tus manos será rayo.  
Cinco se dan, y no más.

*Danse los cinco golpes de espada, tocando dentro*

IRENE: Retírate el paso atrás.

COLORO: Basta, hechizo de esta tierra,  
o celo que el sol encierra,  
que para alcanzar la palma  
y rendir, princesa, un alma,  
no es menester tan la guerra.

MAXIMINO: Tu esposo es, Irene mía

IRENE: ¡Oh, gran Señor! ¿Vos aquí?  
Ya las armas os rendí.  
Mejor el alma diría.

(¡Qué apacible gallardía!)      Aparte

COLORO: Dichoso, divina Irene,  
quien a ver y a gozar viene  
tal belleza, tal valor,  
pues en vos, Marte y Amor  
rayos vibra y llamas tiene.

*Hablan aparte MELIPO y CLODIO*

MELIPO: Clodio, ¿es éste aquel villano  
que hijo de un monte fue?

CLODIO: Mejor, Melipo, diré  
que es Constantino romano.

PELORO: ¿No adviertes que cortesano  
la gravedad imperial  
representa?

CLODIO: A su sayal  
desmiente con la presencia,  
que también hay elocuencia  
en las almas natural.

MINGO: (¡Válgame el diablo por Cloro! Aparte  
Verá lo que decir sabe.  
¡Qué quillotrado está y grave!

CLORO: De suerte, Irene, os adoro,  
que a la divina beldad  
de ese simulacro rico  
esperanzas sacrifico,  
sin creer que hay más deidad  
que vos, señora, en el cielo.

IRENE: Y yo, que en veros y hablaros  
tengo en poco compararos  
al claro señor de Delo.  
No adoro yo a Dios ninguno,  
sino a vos; y si dichosa  
merezco ser vuestra esposa,  
no tendré envidia de Juno,  
pues en vos tengo presente  
de Júpiter el valor.

ISACIO: (Bien finge tenerle amor.) Aparte

*IRENE habla aparte a ISACIO*

IRENE: Va bueno?

ISACIO: Divinamente.  
 CLORO: Si yo, princesa, lo fuera,  
 nunca mas me transformara  
 otros cielos os criara;  
 otro mundo os ofreciera,  
 que uno para vos es poco.  
 IRENE: Si yo pudiera mostrar  
 la ventaja que en amar  
 hago a todas...  
 CLORO: ¡Estoy loco!  
 IRENE: Ni Cartago honrara a Elisa,  
 como a Penélope Grecia,  
 ni Roma honrara a Lucrecia,  
 ni hubiera en Caria Artemisa.  
 Pero hipérboles refreno,  
 pues más que ellos os estimo

*Aparte a ISACIO*

¿No hago buen amante primo  
 ISACIO: Bravo.  
 IRENE: ¿Va bueno?  
 ISACIO: Rebueno.  
 CLORO: En fin, me amáis?  
 IRENE: Como a dueño.  
 CLORO: Vos sois mi sol.  
 IRENE: Vos mí esposo.  
 CLORO: Vivo en vos.  
 IRENE: Yo en vos reposo.  
 CLORO: ¿Si me olvidáis?  
 IRENE: Eso es sueño.  
 CLORO: En gloria estoy.  
 IRENE: Mi mal calma.  
 CLORO: ¡Gran suerte!  
 IRENE: ¡Bien soberano!  
 CLORO: Dadme, mi bien, esa mano.  
 IRENE: Y con ella, esposo, el alma.

*ISACIO habla aparte con IRENE*

ISACIO:       ¿La mano, tirana, das?  
                  Pues, ¿cómo le has dado el sí?

IRENE:        Burléme, jugué y perdí.  
                  No he podido, primo, más.

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Salen CONSTANCIO, viejo emperador, con luto,  
ANDRONIO y otros, un PAJE*

ANDRONIO:     En este desierto fue  
la tragedia, gran señor,  
que provocó su valor.  
Aquí muerto le dejé,  
y huyendo los foragidos  
cuando se certificaron  
ser César el que mataron  
temerosos si atrevidos,  
de tu enojo y su castigo.  
Llegué a esta pequeña aldea,  
que en llantos su amor emplea;  
llevé pastores conmigo  
torné el cadáver difunto,  
y habiéndole embalsamado  
le dejé depositado,  
partiéndome al mismo punto  
a darte la nueva triste  
que certifican tus ojos  
en sus funestos despojos.

CONSTANCIO: Muerte con ella me diste.  
¡Ay, parca fiera e ingrata!  
¿por qué ofendes tu decoro?  
¿Juventud despojas de oro?  
¿Vejez reservas de plata?  
Vieran mis años prolijos  
tu rigor ejecutado  
en este padre cansado;  
conservárase en sus hijos

mi memoria; y la grandeza,  
 que ya mi esperanza pierde,  
 floreciera en abril verde  
 su joven naturaleza,  
 y dieras final enero  
 de la vejez que ya lloro.  
 Cobraste el tributo en oro.  
 Menospreciaste el acero.

Traedme el cuerpo y veré,  
 mientras llanto le apercibo,  
 muerto el gusto, el dolor vivo.  
 Segunda vez le daré  
 el ser, si el dolor informa,  
 como el alma al cuerpo frío.  
 Alma llora. El llanto mío,  
 ¿podrá darle vida y forma?

ANDRONIO: Ya con fúnebre aparato  
 le traen.

CONSTANCIO: ¡Ay, cielo!, ¡ay rigor!  
 cortaste un árbol en flor,  
 de la belleza retrato;  
 dejaste un tronco con vida.  
 ¡Elección bárbara y ciega!  
 huye a quien te llama, y ruega  
 al que te huye apercebida.  
 Muriera el César romano  
 entre armados escuadrones,  
 dando vida a sus blasones,  
 ya conquistando al britano,  
 o ya oponiéndose al persa,  
 ganando con pompas reales,  
 ya cívicas, ya murales,  
 glorias de fama diversa.  
 Ya cegando cavas hondas,  
 ya muros altos midiendo,  
 porque imitara muriendo  
 la fama de Epaminondas;  
 pero, ¡entre unos bandoleros,  
 porque de una misma suerte  
 den a tu fama la muerte

como a tu vida! ¡Qué fieros  
 te son los hados! ¡Qué esquivas  
 la Fortuna, que envidió  
 tu suerte, y no permitió  
 dejar tu memoria viva!

PAJE: El príncipe Constantino  
 viene ya.

CONSTANCIO: Ya sé que viene,  
 por mi mal; ya sé que tiene  
 determinado el camino,  
 Su vista a mis años largos,  
 infeliz, porque en mi espejo  
 quebrado miré este viejo  
 fines de un principio, amargos.  
 ¿Por qué prolijo me adviertes  
 pena que yo llego a ver?  
 Mi alma no ha menester  
 que a pedradas la despiertes.

*Tocan cajas destempladas y trompetas roncas. Sacan  
 enlutados un ataúd y banderas negras arrastrando*

Con otro recibimiento,  
 hijo, os aguardaba yo.  
 En túmulo se trocó  
 vuestra boda y mi contento.  
 Con vos, el tiempo avariento  
 pagó el curso acostumbrado  
 a la muerte, juez airado  
 que, ya grave, ya ligera,  
 dando a otros pleitos de espera,  
 de vos cobra adelantado.

Descubríme el rostro triste,  
 retrato de lo que fue;  
 en él mi muerte veré,  
 si en él mi vida consiste.  
 Vaso que el licor tuviste  
 de un alma que ya en su ocaso  
 se puso y con leve paso

voló a eterno señorío,  
bien parece que vacío  
no tiene valor el vaso.

¡Qué hermoso que te vi yo!  
Pero eres vaso de tierra.  
Bañó la vida que encierra  
el alma que te informó;  
como el baño se acabó,  
la tierra te desengaña,  
pues de su color te baña,  
y el alma de ti se aleja,  
como el pastor cuando deja  
despoblada la cabaña.

*Suenan chirimias y atabales*

Pero, ¿qué muestras son éstas  
de triunfos y glorias reales,  
mezclando vivas señales  
entre memorias funestas?  
¿Yo lágrimas y ellos fiestas?

*Salen CLORO, del mismo modo que CONSTANTINO,  
MAXIMINO, IRENE, ISACIO, MINGO, CLODIO, PELORO y MELIPO*

CLODIO: Muestra, Cloro, tu valor  
aquí; no como pastor,  
como el César verdadero  
te trata, porque así espero  
verte presto emperador.

COLORO: Clodio, vuestro desatino  
hasta agora os ha engañado;  
que soy Cloro habéis pensado,  
siendo el César Constantino.

MELIPO: ¿Cómo?

COLORO: Por Jove divino,  
si injurias el noble ser  
que me vino a engrandecer,

que a costa de vuestras vidas  
 experimente perdidas  
 las fuerzas de mi poder.

Si más Cloro me llamáis,  
 lloraréis vuestro fin hoy.  
 Constantino el César soy,  
 y mi padre el que miráis

PELORO: Melipo, Clodio, ¿escucháis  
 la arrogancia del villano?  
 Como le dimos la mano,  
 por eso nos da del pie.

MINGO: Con más miedo vengo, a fe,  
 que vergüenza.

MELIPO: ¿Hay tal tirano?

COLORO: Vuestra sacra majestad  
 me dé los pies.

CONSTANCIO: ¡Cielo santo!  
 ¿Qué es esto?

COLORO: Y al bello encanto  
 de esta divina beldad,  
 los brazos.

CONSTANCIO: ¡Alma, dejad  
 sueños si es que estáis durmiendo!

MAXIMINO: Mi fortuna engrandeciendo  
 ampara el cielo divino,  
 pues a Irene y Constantino  
 ha enlazado.

CONSTANCIO: ¿Qué estoy viendo?

MAXIMINO: Dad a Maximino agora  
 los brazos, que alegre viene  
 a ofrecer con Irene  
 el ave que Arabia adora

CONSTANCIO: Si la desdicha que llora  
 este trágico suceso,  
 y tiene el sentido preso  
 en la cárcel del pesar,  
 no me ha venido a engañar,  
 yo estoy soñando sin seso.  
 Andronio, si estoy despierto,

libra mi imaginación  
de esta extraña confusión.  
¿Qué es esto?

ANDRONIO:                Señor, lo cierto  
es que Constantino muerto  
en este bosque quedó.

CONSTANCIO: Pitágoras afirmó  
que las almas que dejaban  
un cuerpo, se trasladaban  
a otros, y no mintió.

Sí, a creer me determino  
lo que alegra mi esperanza,  
que el amor, que es semejanza,  
apoya este desatino.

El alma de Constantino  
buscó un cuerpo semejante  
al primero, en que, constante,  
sus espíritus reciba,  
dándome la imagen viva  
del muerto que está delante.

El corazón dividido  
en dos mitades agora,  
cuando un hijo muerto llora,  
vivo un hijo ha recibido.  
Luto por el que ha perdido  
fuerza el dolor a traer;  
fiestas hacen suspender  
el pensar que en verle calma.

Dos contrarios en un alma  
me obligan a suspender.

Pésames tristes recibo  
del hijo que muerto veo,  
plácemes dan al deseo  
contento del mismo vivo.  
Lágrimas aquí apercibo,  
brazos aquí dar consiento,  
y en los extremos que siento,  
cuando la verdad ignoro,  
en un mismo tiempo lloro  
de pesar y de contento.

Si al efecto natural  
 hago juez en esta prueba  
 y la sangre siempre lleva  
 el alma a su original,  
 con amor y gusto igual  
 por entrambos dos suspira;  
 este fuerza, estotro tira  
 el corazón a sus brazos,  
 y hecha entre los dos pedazos  
 dividiéndose se admira.

¿Vióse jamás tal portento,  
 juntos los bienes. y males,  
 y por una causa iguales  
 la tristeza y el contento,  
 perplejo el entendimiento,  
 la voluntad sin saber  
 lo que en tal caso ha de hacer,  
 y que en un mismo lugar  
 den lágrimas de pesar  
 las lágrimas de placer?

Ahora bien; la semejanza  
 que tal vez Naturaleza  
 en fe de su sutileza  
 forma para su alabanza,  
 de tan extraña mudanza  
 pudo ser sutil autora.  
 Averigüemos agora  
 en mi provecho o mi daño  
 si es ésta verdad o engaño,  
 mientras el alma lo ignora.

¿Quién es aqueste pastor?

MINGO: Yo, señor, soy un salvaje,  
 testigo, persona y traje,  
 que en fe de mi buen humor  
 me trae el emperador  
 Constantino en su servicio,  
 y aunque servirle codicio,  
 nunca de traje he mudado,  
 que aunque tosco, siempre he dado  
 en que es liviandad o vicio.

CONSTANCIO: ¿Sabes tú quién es ese hombre?  
que afirma que mi hijo es?

MINGO: No le he dejado después  
que le pusieron el nombre

CONSTANCIO: Aunque este encanto me asombre,  
la simple rusticidad  
de éste dará claridad  
a esta extraña maravilla,  
que siempre en alma sencilla  
se aposenta la verdad.

IRENE: ¿No sabremos, gran Señor,  
qué confusión te divierte,  
que en luto el gozo convierte  
de nuestra vista el dolor?

MAXIMINO: Nuestro único sucesor  
es éste, César romano.  
Dejad el pesar tirano.

COLORO: ¿Qué es esto?

CONSTANCIO: Estoy sin acuerdo,  
llorando el hijo que pierdo,  
gozando el hijo que gano.

*A MINGO*

Ven acá, pastor.

MINGO: Aquí  
el miedo el alma embaraza.

CONSTANCIO: ¿Quién es el que se disfraza,  
sin serlo, en mi hijo así;

MINGO: Yo, señor, ni lo comí,  
ni lo bebí. De un pastor  
viene todo mi valor.  
Verdad es que en la cocina  
di a la mula la gallina,  
y la cebada al doctor.

CLODIO: (Éste nos ha de causar      Aparte  
la muerte por descubrirnos.)

MINGO: A no venir a decirnos  
que habíamos de reinar

éstos....Yo de mi lugar  
 alcalde he sido...no fui,  
 sino porque rico...y así...  
 diz que éste se pareció  
 Diga, ¿parézcome yo  
 a ningún hombre de aquí?

CONSTANCIO: ¡Villano, viven los cielos!  
 Si no dices la verdad,  
 que han de ahorcarte.

MINGO: ¿Hay crueldad  
 como ésta? Descubrirélos.  
 ¿Para mí han de ser los duelos  
 y para otros la ventura?

CONSTANCIO: ¿Quién es éste que procura  
 usurpar ajena fama?

MINGO: Aquéste Cloro se llama.

MELIPO: ¿Qué dices?

MINGO: La verdad pura.  
 Dijeron aquestos tres  
 que en el talle y el semblante  
 parecía a un imperante,  
 príncipe, o diablo, o lo que es;  
 vistiéronle así después,  
 llamáronle jamestad  
 lleváronle a una ciudad,  
 casóse con esta moza,  
 como marido la goza,  
 y esta es la pura verdad.

MAXIMINO: ¿Qué es esto, traidor fingido?  
 ¿tú a Irene has engañado?

PELORO: Buen fin la Fortuna ha dado  
 al ardid que hemos fingido.

CONSTANCIO: ¡Matad aqueste atrevido!

COLORO: No me dejo matar yo.  
 Lo que la suerte me dio  
 eso pienso defender.  
 El César tengo de ser,  
 que el cielo me lo llamó.

IRENE: Y yo, que te llamo dueño  
 y como esposo te adoro,

ya seas príncipe, ya Cloro,  
 ya hombre ilustre, ya pequeño,  
 puesto que parezca sueño  
 lo que miro y me divierte  
 tu adversa y próspera suerte,  
 seguiré siempre a tu lado.

CONSTANCIO: ¿Qué es aquesto, cielo airado?  
 ¡Matadle, dadle la muerte.

*Empuñan las espadas unos contra otros.*

*Sale ELENA*

ELENA: Invicto César Augusto,  
 a quien todo el mundo llama  
 Constancio, en fe de que el nombre  
 conforma con tu constancia,  
 suspende el justo rigor  
 que da filos a tu espada,  
 ocasiones a tu enojo  
 y, a nuevos misterios causa.  
 Yo soy Elena, que un tiempo  
 llamaste dueño del alma,  
 blanco de tu ciego amor  
 y objeto de tu esperanza.  
 No te acordarás de mí,  
 que el olvido y la mudanza  
 andan con la posesión,  
 de la ingratitud hermana.  
 Amásteme siendo César,  
 y puesto que no te iguala  
 mi valor en la nobleza,  
 reyes tuvo mi prosapia.  
 Persuaciones amorosas  
 derribaron la muralla  
 de mi noble resistencia;  
 dísteme mano y palabra  
 de esposo, y en pago de ella  
 te di yo dentro del alma  
 el absoluto dominio

que funda su imperio en llamas.  
Un hijo, que es el que ves,  
hizo nudo las lazadas  
de mi amor y tu firmeza;  
mas como el tiempo desata  
obligaciones de bronce,  
milagros de su mudanza  
pervirtieron tu memoria,  
dieron principio a mis ansias.  
Tu padre, el emperador,  
te casó en Roma, quebrada  
la palabra que me diste,  
mas ¿qué príncipe la guarda?  
Temí el valor de mi padre,  
que, intentando la venganza  
de mi injuria y de su afrenta,  
quiso hacer de mis entrañas  
túmulo al hijo que de ellas  
salir a luz deseaba, para  
enseñar con tu olvido  
mi agravio y tu semejanza.  
Víneme huyendo a estos montes  
su rigor y mis desgracias  
depositando el secreto  
en sus peñas intrincadas.  
En aquesta aldea, en fin,  
vuelta pastora de infanta,  
vio el sol el triunfo amoroso  
en quien tu valor retratas.  
Constantino le llamé  
el Magno, aumentando el agua  
mis lágrimas de sus fuentes,  
que murmuran tu mudanza.  
Supe después que tenías  
otro Constantino, causa  
de nuevas penas en mí  
y nuevas desconfianzas.  
Jurarle hiciste por César,  
y con distinta crianza  
los dos, de un principio efectos

y de un mismo tronco ramas,  
él entre palacios ricos,  
éste entre humildes cabañas,  
púrpuras aquél vistiendo  
y éste humildes antiparas,  
juego del tiempo y Fortuna  
fueron, que montes abaja  
y valles, tal vez, sublima  
ciega, en fin, mudable y varia.  
Treinta veces pobló enero  
aquestos prados de escarcha,  
y de acanto y madreSelva  
los vistió el mayo otras tantas,  
que crecieron igualmente  
tus hijos y mis desgracias;  
ése, César; pastor, éste;  
tú, mudable yo, olvidada,  
cuando, muriendo tu esposa  
--si puedo con razón darla  
este nombre siendo yo  
en tu amor legitimada--  
a casarse con Irene,  
princesa hermosa del Asia,  
e hija de Maximino,  
a Constantino enviabas;  
y en fin, para dar lugar  
a mi perdida esperanza,  
recuerdos a tu memoria  
y castigo a tus mudanzas,  
quiso el cielo y la Fortuna  
que en estos montes quedara  
muerto el César, porque puedas,  
cumplir leyes y palabras.  
Constantino el Magno, que es  
el que tus brazos aguarda,  
y tu mayor heredero,  
puesto que le decía el alma  
quién era, y yo lo encubría,  
humillando acciones altas  
con memorias mentirosas,

tan humildes, cuanto falsas,  
 llamáronle Cloro entonces,  
 y afrentado que montañas  
 ocultasen su valor,  
 que aspira a cosas más altas,  
 dio crédito a persuasiones  
 de aquestos que le acompañan,  
 resucitando del muerto  
 la dicha y la semejanza.  
 Si lo que por ti he pasado,  
 si el darte, invicto monarca  
 vivo un hijo por un muerto,  
 en quien tu dicha restauras;  
 si el ser yo tu esposa,  
 en fin, merece que satisfagas  
 deudas que el tiempo atestigua  
 y el cielo piadoso ampara  
 cumple noble y, generoso;  
 si no en oro, paga en plata,  
 dando los brazos a Elena  
 y a Constantino las plantas.

CONSTANCIO:    ¡Oh, restauración querida

de mi fe y de mi contento!  
 Fénix, de quien nacer siento  
 a nuevas glorias mi vida,  
 agraviada y perseguida,  
 lloro tu olvido y mi pena,  
 mas pues la Fortuna ordena  
 la ventura que en ti fundo,  
 hoy ha de adorar el mundo  
 por su emperatriz a Elena.

Dame esos brazos constantes  
 y Constantino que en ellos  
 poseerá con poseellos  
 lauros de Roma triunfantes.  
 Cesen lágrimas amantes  
 de un hijo muerto, pues vino  
 por caso tan peregrino  
 otro vivo a ver mi amor.

De un Constantino el dolor  
remedie otro Constantino.

Dadme vos también, Irene,  
brazos de padre, y de hermano  
vuestra alteza.

MAXIMINO:           En ellos gano  
dichas que callar conviene.

IRENE:       Si tan buen suceso tiene  
tu desgracia, esposo mío,  
ya de tus venturas fío  
triumfos con que al mundo asombres  
y con inmortales nombres  
dilatén tu señorío.

COLORO:       Para coronar tu frente  
la esfera del Sol quisiera  
poseer, porque en su esfera  
te adore todo el Oriente.

CONSTANCIO:   Magencio intenta al presente  
arrogante y rebelado  
contra el imperio sagrado,  
gozar el lauro de Roma.  
César eres, monstruos doma  
que la ambición ha sacado.  
Y todas mis escuadrones;  
por su señor te obedezcan.  
Cerca a Roma, y permanezcan  
en sus muros tus pendones.  
Empieza a ganar blasones  
que te den nombre divino.

COLORO:       A eso, señor, me inclino.

CONSTANCIO:   Diga el aplauso feliz,  
viva Elena, Emperatriz.

TODOS:       ¡Viva Elena, Emperatriz!

CONSTANCIO:   ¡Viva el César Constantino!

TODOS:       ¡Viva el César Constantino!

*Vanse todos con música. Sale LISINIO, de  
Capitán con jineta, y SOLDADOS*

LISINIO: A Constantino, de la patria amigo,  
defiendo contra el bárbaro Magencio;  
el hijo de Constancio, su enemigo,  
por legítimo César reverencio.  
Siga al tirano Roma, que yo sigo  
a quien gobierna al mundo, y al silencio  
de la lengua remito en noble alarde  
las obras, no palabras de cobarde.

SOLDADO 1: Valeroso Lisinio, tus hazañas  
te han dado justamente la jineta,  
que en la tirana sangre honras y bañas,  
digna que nuevas honras te prometa.  
Pastor fuiste, entre rústicas montañas  
criado; si un laurel fue tu profeta  
y el imperio te ofrece, como dices,  
tiempo es de que te ilustres y eternices.

Constancio, emperador, a Roma viene  
contra Magencio, y el amor divino,  
que acreditadas tus victorias tiene,  
al heroico renombre abre camino;  
casado con la griega y bella Irene  
le sigue el invencible Constantino.  
Si tu pecho y hazañas reconoces  
tu fama hará que su privanza goces.

SOLDADO 2: Vámosle a dar, Lisinio valeroso,  
la obediencia debida que le ofreces;  
como sea de tu pecho belicoso  
el premio que en su ejército mereces.

SOLDADO 1: Constancio, agradecida y generoso,  
si en las victorias como en dicha creces,  
de tu lealtad ofrecerá a tu fama  
coronas de laurel, de roble y grama.

SOLDADO 2: ¡Muera Magencio, capitán romano!  
¡Constantino y Constancio, eternos vivan!

LISINIO: Vámosle a ver, y sellaré en su mano  
labios leales, que su amor reciban.  
Ampárese entre muros el tirano,  
que célebres hazañas los derriban.  
A Constantino mi valor inclino.

TODOS: ¡Viva Constancio! ¡Viva Constantino!

*Vanse todos. Salen ELENA, IRENE, CONSTANTINO,  
ISACIO y SOLDADOS. CONSTANTINO aparece sentado  
en medio de ELENA e IRENE*

COLORO:       Éste es el Babel del mundo,  
que encerrando siete riscos  
entre agujas y obeliscos,  
no reconoce segundo.

Roma es ésta, en fin; extremo  
de la Real ostentación;  
lastimosa emulación  
de los dos, Rómulo y Remo.

Y siendo imperial cabeza  
de cuanto mira el aurora,  
si os tiene a vos por señora,  
honrando en vuestra cabeza  
    el laurel que ya os previene  
¿quién duda que en más estime  
desde hoy su imperio sublime  
pues le honran los pies de Irene?

IRENE:        Veaos yo su emperador,  
vencido el loco Magencio,  
que yo sólo reverencio,  
Constantino, vuestro amor,  
    sin que del laurel los lazos  
deseo a mí gusto den,  
mientras en mi cuello estén  
coronándole esos brazos.

ELENA:        Ocasión hay en que puedas  
mostrar que heredas, romano,  
las hazañas de tu hermano,  
como el imperio le heredas.  
    Constantino el Magno, el Grande,  
todo el imperio te llama;  
grandes hazañas la fama  
te pide para que ande  
    el valor con el blasón  
igual; la ocasión te obliga

a que el nombre no desdiga  
de tus hechos y opinión.

¡Magencio, en Roma seguro  
se ampara, y triunfa ya de él,  
que no corona el laurel  
a quien no corona el muro  
de victoriosas banderas  
que planten manos gallardas.

A su vista estás, ¿qué aguardas?  
Roma es aquésta, ¿qué esperas?

Conquistela tu valor,  
que en Roma tu imperio fundo.  
No serás señor del mundo,  
si en Roma no eres señor.

Mientras con triunfo solene  
en Roma tu nombre afames,  
ni de Elena hijo te llames,  
ni ilustre esposo de Irene.

COLORO:       Que eres mi madre negara  
y la sangre que te debo,  
si con ánimo tan nuevo  
tu valor no me obligara.

Hoy, madre, verás que de él  
soy legítimo heredero.  
Morirá el tirano fiero,  
que si es cobarde, es crüel,  
que ensangrentando sus manos  
en inocentes se infama,  
la que Magencio derrama  
de los humildes cristianos  
anima mi corazón  
a que vengallos intente.

No sé que tiene esta gente,  
que me roba el corazón

Cosas en ellas he visto  
de más que humano poder.  
A Magencio he de vencer  
con la ayuda de su Cristo.

IRENE:       ¿Qué dices? ¿A un hombre alabas  
muerto en cruz, y en él esperas?

¿A los dioses vituperas  
cuando de imperar acabas?

¿A un ajusticiado estimas,  
que en un pesebre nació,  
a Egipto de un Rey huyó,  
y con su favor te animas  
cuando en un tosco madero  
no se pudo a sí librar?

Dioses en quien esperar  
tiene tu imperial acero;

Júpiter rayos fulmina,  
que cíclopes sicilianos  
forjados dan a sus manos  
llenos de furia divina;

Marte, en sangre humana  
tinto, contra tu elección se enoja,  
y lanzas de fuego arroja  
reinando en el cielo quinto.

¿No hay una Palas que invoques,  
un Apolo, cuyas flechas,  
Pitones, sierpes deshechas,  
a darte favor provoques?

¿A un hombre muerto y desnudo  
pides que te ayude?

COLORO: Espera.

IRENE: Quien habla de esa manera  
mal tener esfuerzo pudo.

Haz con él en Roma alarde  
del triunfo que darte intenta,  
y quien los dioses afrenta  
nunca ser mi esposo aguarde.

*Vase IRENE*

COLORO: ¿Hay caso más peregrino?  
Escucha, espera, mi bien,  
que me abrasa tu desdén,  
bella Irene.

VOZ: ¡Constantino! Dentro

COLORO:            ¡Cielo! ¿Quién me llama ansí?  
 VOZ:                ¡Constantino!                    Dentro  
 CLORO:                Dulce voz,  
                           que con discurso veloz  
                           trionfas amorosa en mí;  
                           ¿qué me quieres?  
 VOZ:                ¡Constantino!    Dentro  
 CLORO:            Ya te escucho y reverencio.  
 VOZ:                Hoy vencerás a Magencio,            Dentro  
                           si el estandarte divino  
                           llevas, que al cielo da luz,  
                           y es símbolo de la fe.  
 CLORO:            ¿Con qué señal venceré?

*Cantan dentro*

VOCES:            *Con la señal de la Cruz.*  
 ELENA:            ¿Hay música más süave?  
 CLORO:            ¿Hay cosa más celestial?  
                           Pues me das esta señal,  
                           el mismo cielo te alabe.  
                           A mis tinieblas des luz,  
                           pues en ti he de merecer  
                           triunfar en Roma y vencer.

*Cantan dentro*

VOCES:            *Por la señal de la Cruz.*

*Pasa por el aire una cruz; suena música y  
 dice CLORO arrodillándose*

                          Si por esa señal venzo,  
                           ¿qué es lo que temo cobarde?  
                           Haga aquí mi esfuerzo alarde;  
                           que hoy a adorarte comienzo.  
 ELENA:            Hijo, el ciclo es en tu ayuda.

Por la señal vencerás  
de la Cruz. No esperes más.

COLORO: Al arma confusa duda.

*Entran algunos CRISTIANOS en escena*

¿Qué es esto?

CRISTIANO 1: Danos los pies.

COLORO: ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

CRISTIANO 1: Cristianos, que sólo en ti  
esperan, señor, después  
que Magencio, vil tirano  
de Roma, donde se encierra,  
conjurado nos destierra,  
porque con nombre cristiano  
ilustrados nos ha visto.

COLORO: Basta ese divino nombre  
para que el mundo se asombre.  
Yo también adoro a Cristo.  
Seguid en su nombre santo  
mis banderas; suyo soy;  
por él he de vencer hoy  
y dar a Magencio espanto.

CRISTIANO 1: Todos los que aquí venimos,  
en su nombre te ofrecemos  
que al tirano venceremos  
y en este papel pusimos  
nuestras firmas de ofrecerte  
diez cabezas cada uno  
de los contrarios.

CRISTIANO 2: Ninguno  
teme, gran señor, la muerte.

COLORO: ¡Oh, valor, sólo cristiano!  
De quien sois, dais testimonio.  
General eres, Andronio;  
mi estandarte, honre tu mano.  
Deja águilas imperiales,  
que idólatras prendas son,  
la cruz en su lugar pon

pues vencen estas señales.

ANDRONIO: Yo no puedo derogar  
la antigüedad del imperio,  
ni con ese vituperio  
a Júpiter provocar.

Suyas las águilas son  
que Roma ilustre enarbola.  
Con esta bandera sola  
daré nombre a mi opinión  
volando hasta las estrellas;  
otro a honrar la cruz comience,  
y veremos hoy quien vence,  
ella, o mis águilas bellas.

*Vase ANDRONIO*

CRISTIANO 1: ¡Oh, bárbaro! Yo me encargo  
de alcanzar del mismo Marte  
victoria, si el estandarte  
de la cruz está a mi cargo.

COLORO: Llévala, pues; saca a luz  
de Dios en ella el poder,  
que a Magencio he de vencer  
por la señal de la cruz.

*Vanse los CRISTIANOS. Sale LISINIO*

LISINIO: Gran señor...(¡Válgame el cielo! Aparte  
¿no tengo a Cloro delante?

COLORO: (¡Cielo! si no es que me espante Aparte  
lo que mirando recelo.  
¿No es éste Lisinio?)

LISINIO: (Él es; Aparte  
pero tan presto un pastor  
puede ser emperador?)

COLORO: ¿Qué quieres?

LISINIO: Dame esos pies,  
y en tus banderas recibe

un capitán que se inclina  
 a tu fama peregrina,  
 y animoso te apercibe  
     a Roma donde has de entrar,  
 a pesar de su tirano,  
 hoy con triunfo soberano.

COLORO:      (Lisinio es. ¿Qué hay que dudar?) Aparte

LISINIO:      (Cloro es éste, o estoy loco.) Aparte

COLORO:      (La verdad he de saber.      Aparte

No sabe Lisinio leer;  
 así su esfuerzo provoco.)

*A LISINIO*

Yo estimo vuestro valor;  
 por mi capitán os nombro...

LISINIO:      (¡Cielos! ¿Quién vio tal asombro?) Aparte

COLORO:      ...y porque podáis mejor  
     con hechos extraordinarios  
 vencer la envidia y olvido,  
 agora me han prometido  
 de los bárbaros contrarios  
     darme cuarenta cabezas  
 cuatro soldados valientes.  
 Si a sus hechos excelentes  
 comparáis vuestras grandezas,  
     en este papel firmados  
 sus nobles nombres están,  
 Imitadlos, capitán,  
 pues lo sois, y ellos soldados.  
     Firmad aquí.

LISINIO:      (¡Vive el cielo! Aparte

Que es Cloro, y me ha conocido.  
 Nunca a leer he aprendido;  
 mi afrenta noble recelo.  
     Decir que leer no sé,  
 es decir que no soy hombre  
 pues ¿de qué suerte, mi nombre  
 aquí, cielos, firmaré?)

COLORO:           ¿Qué dudáis?

LISINIO:           De firmar dudo,  
 porque no es bien que presuma  
 que firme hazañas la pluma,  
 sino el acero desnudo.

    Cien cabezas de enemigos  
 ofroceré a tu laurel;  
 las piezas de este papel

*Rómpele*

sean de aquesto testigos,  
 y la que tengo en la cinta.  
 Cumplirán aquesa suma,  
 siendo mi espada la pluma  
 y siendo sangre la tinta.

    Por eso rompo las firmas  
 de todos, porque yo sólo  
 he de cumplir por Apolo  
 su promesa.

*Vase LISINIO*

COLORO:           Bien confirmas  
 tu valor y atrevimiento  
 digno de Lisinio fiel.

    Él es; no mintió el laurel.  
 Yo cumpliré el juramento.

    César ha de ser conmigo  
 que así cumple mi valor  
 palabras de emperador  
 y premia un heroico amigo.

    ¡Al arma nobles romanos!  
 ¡Triunfad de Roma valientes!  
 ¡Coronas ciñan las frentes,  
 que os rindan estos tiranos!  
 ¡Salga vuestro esfuerzo a luz!

TODOS:           ¡Arma! ¡Arma!

Roma ha de ver  
que sabe la fe vencer  
por la señal de la cruz.

*Vanse todos. Dase la batalla. Durante ella aparece  
MINGO con casco y rodela, a lo gracioso. Van saliendo  
sucesivamente SOLDADOS durante la escena*

MINGO: He aquí a Mingo que es soldado  
sin haber tenido potra;  
ni estar quebrado quillotra  
el miedo con que vo armado.

¿Mas que tiene de llover  
esta fiesta sobre mí?

Del escuadrón me escurrí.

¿Dónde me podré esconder?

VOCES: ¡Al arma! ¡al arma! Dentro

MINGO: La grita  
que anima a otros y alborota,  
me va helando cada gota  
de sangre. ¡Oh, mi paz bendita!

¿Cuánto mejor me estuviera  
yo agora junto al hogar,  
viendo la sartén chillar!

*Salen los SOLDADOS con espadas desnudas*

SOLDADO 1: ¡Viva Constantino!

SOLDADO 2: ¡Muera!

MINGO: Si estos encuentran conmigo,  
y preguntan de quien soy,  
¿qué diré? ¡Al infierno doy  
la guerra!

SOLDADO 1: ¿Quién va allá?

MINGO: Amigo.

SOLDADO 1: ¿Quién vive?

MINGO: Magencio viva  
por siempre jamás, amén.

SOLDADO 1: ¡Ah, traidor!

*Dale*

MINGO: ¿No dije bien?  
Aquí me han de volver criba  
que no pueda acertar yo  
en cosa alguna!

SOLDADO 1: Villano,  
viva el César soberano  
Constantino.

MINGO: ¿Por qué no?  
Viva más que una madrastra.  
Siempre su campo seguí.

SOLDADO 1: Pues dilo, cobarde, así.

*Vanse los SOLDADOS*

MINGO: Mi muerte el cordel arrastra.  
¡Ay, cuál tengo las costillas!

*Salen otros dos SOLDADOS*

Otros vienen ¿de qué parte  
serán?

SOLDADO 3: Hoy ayuda Marte  
con divinas maravillas  
a Magencio.

SOLDADO 4: El cielo ordena  
darle el laurel que apercibe.

SOLDADO 3: ¿Quién va?

MINGO: Ya no voy.

SOLDADO 3: ¿Quién vive

MINGO: ¡Dios me la depare buena!  
(Éstos son de Constantino.) Aparte  
Constantino, emperador,  
viva más que un tundidor.

SOLDADO 3: ¡Oh, perro!

*Dándole*

MINGO: ¡Nunca adivino!  
Téngase, seor soldado,  
la espada, que reverencio...

SOLDADO 3: Pues ¿quién vive?

MINGO: ¿Quién? Magencio,  
que es el hombre más honrado  
que el licor de Baco bebe.

SOLDADO 3: ¿De Constantino sois vos?

MINGO: ¿Yo?

SOLDADO 3: Sí.

MINGO: Mas que plegue a Dios,  
señor, que el diablo le lleve.

SOLDADO 3: El combate anda encendido,  
a la batalla acudamos.

*Vanse los SOLDADOS*

MINGO: Buenos, costillas andamos.  
¡Gentil adivino he sido!

*Salen otros dos SOLDADOS*

Otros salen: ¿qué diré?

SOLDADO 1: Los caballos nos han muerto.

SOLDADO 2: ¿Quién va?

MINGO: Si esta vez no acierto,  
volaréis, alma, a la fe.

SOLDADO 2: ¿Quién vive?

MINGO: Todo viviente.  
Vive un perro, un elefante;  
vive un cuñado, un amante;  
vive...

SOLDADO 2:           Mátale.  
 MINGO:                Detente.  
 SOLDADO 2:        ¿Quién vive de aquestos dos,  
                           o Magencio o Constantino?  
 MINGO:        Viven ambos, si convino  
                           con la bendición de Dios.  
 SOLDADO 1:        Dale, que aquéste es neutral.

*Danle*

MINGO:        ¡Ah, señores!  
 SOLDADO 1:        ¡Oh, villano!

*Vanse los SOLDADOS*

Malo soy para gitano.  
 ¿Vio el mundo desdicha igual?  
   Si vuelvo por Constantino,  
 con los de Magencio doy;  
 si digo que él viva, estoy  
 con estotro; si me inclino  
   a entrambos también me pegan.  
 Amparadme, cueva, vos,  
 que ya vienen otros dos,  
 y han de acabarme si llegan.  
   Si de aquí vengo a escapar  
 con vida, y pasa la guerra,  
 he de poner en mi tierra  
 escuela de adivinar.

*Éntrase en la cueva. Sale LISINIO con dos o  
 tres cabezas, un estandarte y una espada*

LISINIO:        Con estas cabezas tengo  
                           cincuenta, y le prometí  
                           ciento a Constantino. Aquí,  
                           mientras a cumplirlas vengo,

guardádmelas, cueva, vos.  
Por las demás volveré.

*Échalas dentro de la cueva,  
y da con ellas a MINGO*

MINGO: ¡Ay, que me ha muerto!  
LISINIO: ¿No fue  
voz humana aquesta?  
MINGO: ¡Ay, Dios,  
que aunque me esconda y encueve  
no ha de faltar quien me asombre!  
¡Ay, de mí!  
LISINIO: ¿Quién eres, hombre?  
MINGO: Soy el demonio que os lleve.  
LISINIO: ¿Quién eres?  
MINGO: ¡Qué malas hadas  
hoy me persiguen!  
LISINIO: ¿Quién eres?  
MINGO: Un hombre o lo que quisieres  
que hoy has muerto a cabezadas.  
LISINIO: ¿Es Mingo?  
MINGO: ¿Quién diablo os dijo  
mi nombre?  
LISINIO: Lisinio soy.  
MINGO: Mas...no... nada... Tal estoy  
que no os conozco. Colijo  
que sois Lisinio el pastor.  
LISINIO: Y del César, capitán.  
MINGO: ¿Vestido de tafetán?  
Mas, si es Cloro, emperador,  
¿de qué me admiro y espanto?  
LISINIO: ¡Ah, cobarde!  
MINGO: Está confuso,  
y al fin soy valiente al uso.  
Todo aquesto es por encanto.  
LISINIO: No temas; vente conmigo,  
que Constantino venció.  
MINGO: Mas, ¡arre allá!

LISINIO: Ya quedó  
muerto el tirano enemigo.

MINGO: El parabién le vó a dar.

LISINIO: ¡Buen valor en ti se emplea!

MINGO: Pondré, si llego a mi aldea,  
escuela de adivinar.

*Vanse los dos. Salen CONSTANCIO, CLORO, ELENA,  
IRENE, y SOLDADOS*

CLORO: Yo, cruz divina, os prometo  
buscar en vos nuestro bien,  
y dentro en Jerusalén,  
aunque os encubra el secreto  
del idólatra y hebreo,  
no descansar hasta hallaros,  
y desde hoy entronizaros  
por el más noble trofeo  
que conserva la memoria.  
Sólo al soberano Dios,  
que fue el sacrificio en vos,  
atribuyo esta victoria.

IRENE: ¡Ingrato a los dioses pagas  
la ventura que hoy te han dado!  
Un hombre crucificado,  
por más que le satisfagas,  
no pudo victoria darte;  
Júpiter sí, que es Dios sólo  
con sus rayos de oro, Apolo,  
y con sus rigores Marte.  
No busques prendas infames  
de un patibulo afrentoso,  
o deja de ser mi esposo,  
y tuya más no me llames.

ELENA: Hijo, Cristo es el eterno;  
quien no le adora se ofusca.  
La cruz soberana busca,  
noble asombro del infierno.  
Vamos a Jerusalén.

IRENE: Si niegas la adoración  
de los dioses, tu afición  
mintió. No me quieres bien.

ELENA: Por Dios se ha de dejar todo.

IRENE: No imagines que he de amarte,  
si a Apolo dejas y a Marte.

ELENA: Paga con heroico modo  
aquesta victoria a Cristo.  
Busca su cruz soberana.

IRENE: No sigas la ley cristiana  
que firme ves que resisto,

ELENA: Ingrato eres si la dejas.

IRENE: A mi amor eres ingrato  
si la sigues. Poblar trato  
el aire de justas quejas,  
si menosprecias mi amor  
por un madero insensible.

COLORO: ¿Vióse aprieto más terrible?  
¿Vióse confusión mayor?

IRENE: Yo sé que me antepondrás  
a Cristo, si bien me quieres.

ELENA: Augusto por la cruz eres;  
¿por qué a buscarla no vas?

COLORO: ¿Qué haré en duda tan esquiva,  
que tan perplejo me tiene?  
Amo a Cristo; estimo a Irene;  
mas ¿qué importa? ¡Cristo viva!  
Su cruz vamos a buscar.

IRENE: Oprobio de Emperadores,  
que la ley de tus mayores  
quieres, bárbaro, dejar.  
No esperes que el vituperio  
de tu vil intención siga;  
ya es Irene tu enemiga;  
yo te quitaré el imperio;  
en odio mi amor trocado;  
que yo no he de ser mujer  
de un hombre que da poder  
de Dios a un crucificado.

*Vase IRENE*

CLORO: Espera, el paso reporta;  
 muda el bárbaro consejo:  
 mas, si por la cruz te dejo  
 en que murió Dios, ¿qué importa?

*Sale ANDRONIO, atravesado por una flecha, y  
 empuñando la bandera de las águilas*

ANDRONIO: Las águilas imperiales  
 en que idólatra adoré  
 los dioses con mala fe,  
 postro a tus plantas reales.  
 Herido de muerte estoy,  
 que Júpiter, torpe y vano,  
 no me defendió, tirano;  
 que no es Dios diré desde hoy.  
 Perezca su ley lasciva.  
 Apelo a un Dios verdadero.  
 En la ley de Cristo muero,  
 Constantino, ¡Cristo viva!

*Vase. Sale un CRISTIANO con la bandera  
 de la cruz*

CRISTIANO: El estandarte divino  
 que al Dios humano enarbola  
 y con su sangre acrisola,  
 ha vencido, Constantino.  
 A su victoriosa mano  
 tus victorias atribuye,  
 pues tus contrarios destruye.

CLORO: ¡Oh, valeroso cristiano!  
 Mi alférez eres mayor.  
 Pisen águilas romanas,  
 ciegas, bárbaras y vanas,

los pies de un emperador;  
 adórnese mi corona  
 con la Cruz, que es nuestro amparo.  
 Honre desde hoy mi labaro,  
 y autorice mi persona,  
 ley divina. Aunque lo estorbe  
 el infierno a su pesar,  
 os he de hacer adorar  
 desde aquí por todo el orbe.

*Salen LISINIO con el estandarte y cabezas y  
 MINGO*

LISINIO: Cien cabezas prometí  
 de los enemigos darte.  
 Cincuenta aqeste estandarte  
 vale, que te ofrezco aquí;  
 otras cincuenta te doy,  
 con que cumplo mi promesa.

MINGO: Y la mía en esta empresa  
 te presento, que a fe que hoy,  
 según son las cabezadas  
 que la han dado, si las cuentas,  
 que vale más de trecientas.  
 No más guerra y cuchilladas.  
 A mi aldea he de tornarme.

COLORO: Lisinio, de tu valor  
 has dado muestra mejor  
 que imaginé. A presentarme  
 vienes hazañas, que intento  
 premiar. Pues que las trujiste,  
 tu juramento cumpliste.  
 Cumpliré mi juramento.  
 La mitad juré de darte  
 del imperio, si mi suerte  
 me le daba. Hoy has de verte  
 Augusto. Goza la parte  
 que justamente te toca.  
 Vasallos, Lisinio es

César.

LISINIO: Deja que en tus pies  
selle, gran señor, mi boca.

COLORO: Pero has de jurar primero  
dos cosas.

LISINIO: Si de ellas gustas,  
claro está que serán justas.  
Propónlas.

COLORO: Que jures, quiero  
no perseguir los cristianos,  
sino honrarlos y querellos,  
pues tengo mi dicha en ellos.

LISINIO: Yo lo prometo en tus manos.

COLORO: Has de jurar, lo segundo,  
no levantarte jamás  
contra mí.

LISINIO: No me verás,  
aunque se alborote el mundo,  
con falso y villano trato  
y torpe conjuración,  
hacerte jamás traición,  
que eso fuera serte ingrato.

Yo lo juro, gran señor,  
en tus imperiales manos.

COLORO: ¡Viva Lisinio, romanos!

TODOS: ¡Viva por Emperador!

COLORO: Alza; y vos, madre y señora,  
venid conmigo a buscar  
la Cruz que he de entronizar  
en cuanto cene el aurora.

Prevenga Jerusalén  
triumfos a la Cruz divina.

ELENA: Dios tu corazón inclina.  
Monarca cristiano, ven.

MINGO: Yo y todo tus pasos sigo.  
Cristiano, aunque aporreado,  
soy desde hoy, y no soldado.  
La guerra y golpes maldigo.

COLORO: Bautizará a Constantino  
de Roma el sacro pastor.

MINGO: Y a mí y todo, aunque mejor  
me bautizará con vino.

COLORO: El madero soberano  
busquemos, que a amar me obliga  
su señal, y el campo diga,  
Lisinio, César romano.

TODOS: ¡Lisinio, César romano!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

## ACTO TERCERO

---

*Salen IRENE e ISACIO*

IRENE:       ¿A un villano, a un Lisinio la corona  
de Roma? Mas ¿qué mucho, si es villano,  
que autorice su misma semejanza?  
El monarca romano  
los dioses deja, y bárbaro pregona  
a Cristo, del hebreo vil venganza.  
No verá su esperanza,  
Constantino, cumplida  
mientras a Irene el alma diese vida.  
Isacio ya el amor se ha convertido  
en lícito rigor, en odio justo.  
¡Plegue al cielo, si más le amare Irene,  
que cautive mi gusto  
un alarbe crüel, y que querida,  
me aborrezca y dé celos! No conviene  
que con triunfo solene  
por César le reciba  
Roma, ni que la ley de Cristo siga.

ISACIO:      Murió Constancio, y con la viuda Elena  
partió a Jerusalén, supersticioso,  
a buscar el madero, que castigo  
dio a un hombre sedicioso.  
¡Justa y debida pena  
de un hombre que a su patria fue enemigo!

IRENE:       Búsquela, que conmigo  
en odio se convierte  
el amor, que aspirando va a su muerte.

Isacio, de tu amor y fe constante  
obligada, pretendo, en premio justo,  
darte el alma rendida con la mano  
si das muerte al Augusto,  
que, ciego e ignorante,  
los dioses niega, el nombre honra cristiano.

ISACIO: Por bien tan soberano  
diera muerte, no sólo  
a Constantino--a Júpiter y a Apolo.

IRENE: Lisinio es éste que el gobierno goza  
de Roma, mientras halla Constantino  
la cruz que estima y su valor infama.

ISACIO: Si halláramos camino,  
pues nuestra ley destroza  
el loco emperador que a Cristo llama,  
para engañar a este hombre,  
Roma me diera de su imperio el nombre.  
Finge que, si contra él fiero se conspira,  
serás su esposa, le darás la mano,  
que tu hermosura más que aquesto alcanza,  
y el bárbaro villano  
si en tu beldad se mira,  
rendirá su lealtad a su esperanza,  
y dándonos venganza,  
matando a Constantino,  
serás mi esposa.

IRENE: ¡Ingenio peregrino!  
Apruebo tu consejo. Éste, atrevido,  
por sus hazañas, con valor extraño,  
alcanzó el trono augusto y opulento.  
Si con amor le engaño,  
verá Roma cumplido  
mi nuevo amor y justo pensamiento,  
y el matador violento  
pagará su delito.

IRENE: Él viene.

ISACIO: Mi venganza solicito

*Sale LISINIO, de emperador*

LISINIO: (Mucho a Constantino debo. Aparte

Emperador soy por él;  
cumplió el presagio el laurel,  
propicio a mis dichas Febo.

Pero esto de compañía  
reinando me da tristeza.  
Sólo pide una cabeza  
el nombre de monarquía;  
luego, no seré monarca  
mientras que reinemos dos.  
Un sol solo, siendo Dios,  
la esfera del cielo abarca;  
un planeta sólo tiene  
cada cielo, y es mayor  
que la tierra.)

IRENE: ¡Gran señor!

LISINIO: ¡Oh, hermosa y divina Irene!

IRENE: ¿De que viene pensativo  
vuestra alteza?

LISINIO: El gobernar  
consigo tiene el pesar,  
por ser su peso excesivo.  
Hame puesto mi ventura  
en lo que no sé si acierto,  
pero luego me divierto  
en viendo vuestra hermosura.  
Y ojalá que Constantino  
su posesión no gozara,  
que, nuevo Ícaro volara  
a vuestro cielo divino,  
puesto que a su imitación  
soberbio como él cayera,  
pues muriendo, al fin pudiera  
honrar mi imaginación.  
La que yo, Lisinio, tengo  
al presente, es olvidar  
a quien pretende injuriar  
la ley que a defender vengo;  
que el culto que reverencio

de los dioses, han trocado  
 en odio mi amor pasado.  
 Venció el César a Magencio  
 con el favor soberano  
 de Júpiter, y en su ofensa,  
 Constantino ensalzar piensa  
 la ley y nombre cristiano.

Y mal por dueño tendrá  
 mi alma al que en desacato  
 del cielo, es a Jove ingrato;  
 pues conmigo lo será  
 quien a despreciarlos viene;  
 y así, aquél que los vengare  
 y a Constantino matare,  
 vendrá a ser dueño de Irene.

Si no es encarecimiento  
 el amor que me mostráis,  
 y imperar sólo intentáis  
 --que lo demás es tormento--  
 vengad este vituperio,  
 siendo de esta causa juez,  
 y ganaréis de una vez  
 mi voluntad y el imperio.

¿Qué dices?

LISINIO:                   Que dificulto  
 tan árdua empresa.

ISACIO:                    El amparo  
 de los dioses está claro  
 por vos, si en fe de su culto,  
 castigáis este tirano.  
 El reinar sin compañía  
 es la mayor monarquía.  
 Mi prima os dará la mano  
 y la posesión de Oriente,  
 si nuestra fe defendéis.

LISINIO:    Grande premio me ofrecéis;  
 gran peligro es el presente;  
 pero de dos grandes cosas  
 se ha de escoger la mayor.  
 El imperio y vuestro amor

hazañas dificultosas  
 merecen; mas pues escucho  
 el bien a que me provoco,  
 nunca mucho costó poco.

Si mucho pedís, dais mucho.

Juré al César Constantino  
 no perseguir los cristianos,  
 ni con intentos tiranos  
 abrir ingrato camino  
 contra él, de traición ni guerra;  
 mas de los dioses el celo  
 pueden más, pues en el cielo  
 reinan, cuando él en la tierra.

No puedo yo ser traidor,  
 si su ley quiero amparar.

El amor y el imperar  
 no admiten competidor.

Amor y imperio me espera,  
 y pues nuestra ley derriba,  
 el amor de Irene viva,  
 y el tirano César muera

IRENE: Dame esos brazos, valor  
 de Roma, que dignamente  
 honra en su lauro tu frente  
 y en tus méritos mi amor.  
 que desde hoy, Irene es tuya.

ISACIO: Llámate restauración  
 de su ley nuestra nación.  
 Constantino se destruya.  
 Reine Lisinio, no más,  
 en el mundo y en Irene.

LISINIO: Trazar el cómo, conviene.

IRENE: En Roma por él estás.  
 Disfrazados y encubiertos  
 a Jerusalén partamos,  
 y en ejecucion pongamos  
 deseos que saldrán ciertos,  
 pues los dioses nos amparan;  
 que encubiertos y fingidos,  
 antes de ser conocidos

de los que a Cristo declaran  
 por Dios, podremos matarle.  
 Y en fe que el alma te adora,  
 Yo he de ser ejecutora  
 de esta hazaña. Yo he de darle  
 la muerte; que mi rigor  
 nuestro cuando en él me vengo;  
 que en más a los dioses tengo  
 y su culto, que mi amor.

LISINIO: Alto, pues. Haga el efeto  
 lo que la lengua propone.  
 Mi juramento perdone,  
 y ampárenos el secreto.  
 Goce yo el globo del mundo  
 y el laurel que adora Apolo,  
 imperando en Roma sólo,  
 siendo Rómulo segundo,  
 y la belleza de Irene  
 disculpe aquesta traición.

IRENE: Mis brazos, en galardón,  
 la voluntad te previene,  
 con mi venganza cumplida

LISINIO: Presto muerto lo verás.

ISACIO: (Y tú después pagarás      Aparte  
 este insulto con la vida.

*Vanse todos. Salen JUDAS, viejo, LEVÍ y  
 ZABULÓN, judíos*

JUDAS: ¡No pasó nuestra nación  
 desde Vespasiano y Tito  
 tal persecución, Leví.

LEVÍ: No tuvieron los judíos  
 tal desdicha, tantas plagas,  
 aunque cuente las de Egipto.

ZABULÓN: Ni Nabucodonosor,  
 monarca de los asirios,  
 ni las de Antioco fiero,  
 como las de Constantino.

JUDAS:        ¡Que se haya un emperador  
aficionado de Cristo  
de tal suerte! ¡Que defienda  
con tanto amor el bautismo,  
y que la cruz nos demande,  
y si no la descubrimos,  
a muerte vil nos condene,  
a tormentos y martirios!

TODOS.        ¡Guayas! ¡Guayas de nosotros!

JUDAS:        Su madre le ha persuadido  
que a tormentos nos la saque.  
Para aquesto Elena vino.

LEVÍ:         Pues el comisario fiero  
que ha nombrado por ministro  
y ejecutor de este caso...

ZABULÓN:    ¿Ni dádivas ni suspiros  
son bastantes a ablandalle?

JUDAS:        ¡Que un bárbaro, que un indigno  
de ser hombre nos persiga  
¿Vióse más crúel castigo?

LEVÍ:         ¡Que un hombre tan ignorante  
nos tenga tan oprimidos!

JUDAS:        Si no le damos la cruz,  
si no decimos el sitio  
donde de nuestros pasados  
estar oculta supimos,  
este bárbaro feroz  
ayer, colérico, dijo,  
que nos había de azotar  
y pringarnos con tocino.

TODOS:        ¡Guayas! ¡Guayas de nosotros!

ZABULÓN:    ¡Que a este punto haya venido  
nuestra mísera nación!

LEVÍ:         Éste es.

JUDAS:        De verle me aflijo.

*Sale MINGO, vestido de comisario graciosamente, con  
ropa de levantar y gorrilla*

MINGO: ¿Qué hay, hermanos narigones?

¡Loado sea Jesucristo!

Respondan todos, "amén"

de rodillas y de hocicos.

¿Callan? Respondan "amén,"

o habrá latigazo fino.

Digan "amén," Judíotes.

JUDÍOS: "Amén," humildes decimos.

MINGO: ¿Cómo les va de cosecha

aqueste año de tocino?

¿Ha habido mucho solomo?

¿Qué chicharrones, han frito?

JUDÍOS: Prohíbelo nuestra ley.

MINGO: Pues yo no se los prohibo.

Coman conmigo mañana,

que a salchichas los convido.

*Paséase muy grave y habla a JUDAS*

¿Cómo os llamáis voa?

JUDAS: Señor,

Judas es el nombre mío.

MINGO: ¿Judas el Iscariote,

de aquel saúco racimo?

¿Cómo no tenéis las barbas

rubias ¡eh! Judas maldito?

Enrubiaóslas, noramala,

o mudáos el apellido.

JUDAS: Señor, estoy cano y viejo.

MINGO: ¿Estáis viejo? Pues teñíos,

y andaréis al uso nuevo,

aunque en los años, antiguo.

*A LEVÍ*

¿Qué narices son aquéstras?

LEVÍ: ¿Cómo han de ser?

MINGO: ¡Oh, qué lindo!

No son éstas de la marca,  
hermanos, de los judíos.  
Esas son narices romas  
y hidalgas.

ZABULÓN: ¡Señor!

MINGO: ¡Pasito!

Sabéis que es el comisario  
de vuestras narices, Mingo.  
Quítense éstas luego, luego.  
so pena de un romadizo  
por dos años y dos meses,  
y miren que ya me indigno.  
Pónganse otras de dos gemes.

JUDAS: ¿Hay más torpe desvarío?

MINGO: Con narices garrafales  
tienen de andar. ¡Vive Cristo!

ZABULÓN: ¡Señor!

MINGO: Esto se ha de hacer.  
No replique.

ZABULÓN: No replico.

MINGO: ¿Con naricicas me vienen  
enanas?

JUDAS: ¡Ay, cielo impío!

MINGO: ¿Qué hace la sinagoga?  
¿Cómo va de sabatismo?  
¿Su Mesías cuándo llega?  
¿Viene en mula o en pollino?

JUDAS: No profanes nuestra ley.

MINGO: Como es lejos el camino,  
si viene a pie, quedarás  
en algún mesón dormido.  
¿No dan orden que parezca  
la cruz?

ZABULÓN: Si no hemos sabido  
dónde está, ¿qué hemos de hacer?

MINGO: Luego, ¿búrlanse conmigo?  
Pues los *judicame Deus*  
adviertan lo que les digo;  
que si la cruz no parece  
el sábado o el domingo,

ha de criar en su casa  
un lechón cada judío,  
y con regalo y amor  
tratarle como a sí mismo.

JUDAS: ¿Lechón? Nuestra ley lo veda.

MINGO: Vede o no, yo soy ministro,  
y han de hacer lo que les mando.  
No repliquen.

JUDAS: No replico.

MINGO: A fe de archicomisario,  
si no callan y me indigno,  
que he de mandar que en la cola  
besen

JUDAS: ¿A quién?

MINGO: A un cochino.  
Han de acostarle en sus camas,  
ya esté puerco, ya esté limpio,  
y darle la delantera,  
que es lugar de los maridos.

ZABULÓN: Señor, no permitas tal.

JUDAS: Señor, humildes pedimos  
que interceda por nosotros  
el oro de este bolsillo.  
Cien escudos hay cabales.

MINGO: Soy ministro; no recibo.  
Pero ¿no sois Judas vos?

*Apárale en la manga*

JUDAS: Éste es, señor, mi apellido.

MINGO: ¿Cómo os atrevéis a dar  
cien escudos, fementido?  
Si fueran treinta dineros,  
fuera el número cumplido  
en que vendisteis a Dios.

JUDAS: (¡Que así nos trate, Dios mío, Aparte  
un villano, un ignorante!)

MINGO: Oigan lo que mando y digo.  
Pongan en todas sus puertas,

para honrar sus frontispicios,  
cada uno una cruz.

TODOS:                    ¡Señor!.

MINGO:        No repliquen.

JUDAS:                    No replico.

MINGO:        ¡Por vida del comisario!

voy a recoger bolsillos  
por todos los judaizantes.  
Parezca la cruz de Cristo,  
o si no, de los lechones  
serán ayos.

TODOS:                    ¡Señor mío!

MINGO:        (Desde aquí quiero escuchar        Aparte  
lo que tratan, escondido,  
y si murmuran de mí,  
yo haré que sueñen a Mingo.

*Escóndese MINGO, y se va al poco rato,  
cuando se indique*

ZABULÓN:    ¿Fuese?

JUDAS:                    Sí.

ZABULÓN:                ¿Que hemos de hacer

si azotados y oprimidos,  
por no parecer la cruz  
nos da muerte Constantino?

JUDAS:        Enterráronla en un monte  
nuestros pasados y antiguos,  
diciéndonos el lugar,  
el cual, de padres a hijos  
sabemos por tradición;  
pero muertes ni peligros  
no nos tienen de obligar  
a descubrilla.

MINGO:                    (¡Oh, qué lindo! Aparte

¡Vive Dios! que es de provecho  
mi cauteloso escondrijo.  
La verdad voy apurando.  
Sacaréla presto en impío.)

ZABULÓN:    Pues ¿cómo nos libramos  
de la muerte y el castigo

que nos está amenazando?

JUDAS: Escuchad aqueste arbitrio.

Labremos luego otra cruz,  
pues es de noche, de pino,  
y enterrándola, diremos  
que es en la que murió Cristo.

ZABULÓN: ¡Linda traza!

LEVÍ: ¡Bravo enredo!

MINGO: (Si no estuviera escondido      Aparte

el lobo tras las ovejas,  
pegáranla, ¡vive Cristo!  
¿Cruz fingida? ¡Narigones!  
A Elena voy a decirlo,  
y con el hurto en las manos  
los hemos de coger vivos.)

JUDAS: Zabulón, trae un candil.

MINGO: (¡Qué propia luz de judíos!)      Aparte

JUDAS: Ve, Leví, por la madera;  
trae la azuela y el cepillo.

ZABULÓN: Vamos.

MINGO: (Vayan, norabuena,      Aparte

que yo me escurro pasito  
para que Elena los coja  
como babos en garlito...)

*Vase MINGO*

JUDAS: ¿Cuándo tienes de venir,

Mesías santo y divino,  
y librar tu pueblo triste  
de tanto daño y peligro?

ZABULÓN: Estos son los instrumentos:

luz, escoplos y martillo.

*Sacan un candil encendido, y unos maderos para  
hacer la cruz, y herramienta*

JUDAS: Alumbrad, pues, y daré

a nuestro engaño principio.

LEVÍ: La cruz en que nuestra gente  
hizo heroico sacrificio  
de aquel hombre galileo,  
que adora el mundo por Cristo,  
dicen que de cedro fue,  
y haciéndola tú de pino,  
dudarán de esta verdad  
los cristianos atrevidos.

JUDAS: Eso está dudoso agora,  
altercado entre ellos mismos  
con diversas opiniones  
y pareceres distintos,  
Leví, sobre esa materia.  
Unos dicen que se hizo  
del árbol en que pecó  
Adán en el paraíso,  
porque desterrado de él,  
un ramo llevó consigo  
de aquella planta, que fue,  
nuestra pena y su castigo;  
y plantándole lloroso  
en este monte divino,  
donde Salomón después  
hizo el templo ilustre y rico.  
Creció, emulación del cielo,  
y por extraño prodigio  
nació una fuente del tronco,  
de quien a formarse vino  
la saludable piscina,  
que de dolores distintos,  
al movimiento del ángel,  
sanó tantos afligidos.  
Hizo Salomón cortarle,  
por ser estorbo del sitio  
que eligió, sabio y discreto,  
para el célebre edificio;  
y enamorado de verle,  
aplicarle al templo quiso  
para artesón de su techo,

que asombró al arte corinto.  
Labraronle codiciosos.,  
y ya compuesto y pulido  
procuraron aplicarle  
en el pavimento rico;  
pero por misterio oculto,  
ya siendo grande, ya chico,  
desmintiendo arquitectores,  
nunca a la fábrica vino.  
Por lo cual desesperados,  
juzgándole por indigno  
e inútil del templo santo,  
mandaron que por castigo  
en la piscina le echasen.  
Hundióse, pero nacido  
el Nazareno que adoran  
los cristianos enemigos  
sobre las aguas salió.

ZABULÓN: ¡Misterio jamás oído!

JUDAS: Y sacándole de allí,  
le echaron en un camino.  
por donde corre en cristales  
el Cedrón, arroyo limpio,  
puesto que tal vez crecientes  
le dan ambición de río.  
Sirvió en él de puente y paso,  
hasta que por sus delitos  
a muerte de cruz sentencia  
el pretor romano a Cristo,  
que por ver que era pesado,  
decretaron los judíos  
que dél se hiciese la cruz,  
como en fin, a hacerse vino.  
Murió en ella, y los cristianos  
supersticiosos han dicho  
que es digno de adoración,  
haciéndole sacrificios.  
Escondieronle por esto  
nuestros padres, y escondido  
por tradición nos dejaron

donde estaba. Constantino,  
que a Cristo manda adorar  
con generales edictos  
con tormentos nos compele  
a dársela.

ZABULÓN: Yo no afirmo  
eso de aquesos milagros,  
aunque así lo hayan escrito  
los cristianos hechiceros.

LEVÍ: Ni yo; solamente digo  
que con la fingida cruz  
que labráis, a Constantino  
engañamos pues dichosos  
de tantos males salimos.

*Los dichos han estado trabajando en la cruz y salen  
ELENA, MINGO y gente*

MINGO: Ésta es la pura verdad,  
y agora lo puedes ver.

ELENA: ¿Qué hacéis aquí?

JUDAS: La crueldad  
y desdicha debe ser  
de nuestra infelicidad.

ZABULÓN: ¡Guayas de mí! ¿Qué diremos?

ELENA. ¿Qué hacéis aquí?

JUDAS: Gran señora,  
del comisario tenemos  
expreso mandato agora  
que si la cruz no ponemos  
sobre las puertas de casa,  
nos ha de mandar quemar,  
que por saber lo que pasa  
la queríamos labrar.

MINGO: Buena excusa!

LEVÍ: ¡Ay, suerte escasa!

MINGO: ¡Chilindrinas para Elena!  
Judíos, todo lo sabe,  
y daros la muerte ordena,

porque a vuestra culpa grave  
iguale también la pena.

Por ocultar la cruz santa  
que buscas, labrar querían  
ésta, que va los espanta,  
y enterándola decían  
que por ser la instancia tanta,  
decir que es la verdadera  
ésta que ahora labraban,  
y con aquesta quimera  
librarse de ti intentaban.

..... [-era]

Escondido, desde aquí  
esta traición escuché.

ELENA: ¿Traidores, esto es así?

JUDAS: Lo que te he contado fue.

MINGO: No es sino lo que yo oí.

Mándalos a puros tratos  
de cuerda que el sitio digan  
de la cruz, cuyos retratos  
labran.

LEVÍ: ¡Que nos persigan  
tanto los cielos ingratos!

ELENA: Decid dónde está el madero  
dónde el eterno Abrahán  
sacrificó al verdadero  
Isaac, y el dedo de Juan  
nos mostró el tierno cordero,

LEVÍ: Señora, a tener noticia  
de él, huyéramos sin duda  
el temor de tu justicia;  
el rigor en piedad muda

MINGO: Que la esconden de malicia,  
señora.

ELENA: ¡Oh, infame gente,  
incrédula y contumaz!  
¡Vive el Rey omnipotente,  
que restauró nuestra paz  
y en la cruz murió obediente;  
que os he de quitar la vida

a tormentos! Vayan presos.

MINGO: Garrucha hay apercebida,  
judíos, mas no confesos,  
nones dicen.

JUDAS: Bien perdida  
será, pues tú lo dispones,  
gran señora

ELENA: Andad, ingratos.

MINGO: Yo, judíos socarrones,  
os daré a pares los tratos  
mientras dijéredes nones.

*Vase MINGO con los judíos. Sale CLORO*

CLORO: ¿Qué es esto, madre y señora?

ELENA: Diligencias, hijo mío,  
son de la cruz, en quien fío  
que tengo de hallarla agora.  
Tormento tengo de dar  
a cuantos hebreos hallare  
mientras la tierra ocultare  
de Dios el divino altar  
en que se pagó a sí mismo,  
y en cuya ara misteriosa  
halló la iglesia, su esposa,  
su fuente y nuestro bautismo.

CLORO: Palma divina, regalado cedro  
del fruto más sabroso y más süave  
que la tierra gozó; nido del ave  
del cielo, y no de Arabia, por quien medro.

ELENA: Restauración de Adán, cuyo desmedro  
originó la culpa al hombre grave;  
árbol mayor de la divina nave  
que Andrés requiebra, que gobierna Pedro.

CLORO: Merezca hallaros yo, laurel divino.

ELENA: Alivie vuestro hallazgo nuestra pena.

CLORO: Enriqueced a Elena y Constantino.

ELENA: Sin vos no hay bien.

COLORO: Sin vos no hay suerte buena.

ELENA: Llave del cielo sois. Abrid camino.

COLORO: Constantino os adora.

ELENA: Y busca Elena.

*Sale MINGO*

MINGO: Ellos dirán la verdad,  
gran señora, aunque les pese.

COLORO: Escuchad; ¿qué traje es ese?

MINGO: Digno de mi autoridad.

Comisario soy, señor,  
de toda la judiada  
que la cruz tiene ocultada.

COLORO: ¿Quién te la dio?

MINGO: Mi valor.

Si indicios he descubierto  
de la cruz que oculta está  
y tu madre sabe ya,  
¿parécete desconcierto  
que comisario me nombre?  
De ellos en oro he cobrado  
salarios que no me has dado,  
que no soy piedra, soy hombre,  
y he de comer.

COLORO: Basta, basta.

ELENA: Indicios tengo, hijo mío,  
de hallar la cruz en quien fío.

MINGO: La gente es de mala casta,  
pero no seré yo Mingo,  
o Jerusalén verá  
si la cruz oculta está,  
que con tocino los pringo.

COLORO: El cielo nos dé a los dos  
tal ventura.

ELENA: ¡Ay, árbol santo!  
¿Por qué nos dilatáis tanto  
la dicha que estriba en vos?

*Vase CLORO. MINGO trae a JUDAS, atado en una  
garrucha*

MINGO:           Aquí está la guindaleta  
                  y el delincuente.

ELENA:                   Colgadle  
                  hasta que la verdad diga.

MINGO:        Traidor, diréisla en el aire,  
                  pues no queréis en la tierra.

JUDAS:        ¡Ay, guayas de mí!

MINGO:                   Aunque guayes  
                  más que cien niños de teta.

JUDAS:        ¿Vos sois verdugo?  
                  Y alcalde.  
                  Confiesa, perro.

ELENA:                   Decid,  
                  ¿en qué lugar, cueva o parte  
                  os dijeron que escondida  
                  está la cruz, vuestros padres?

JUDAS:        No sé nada. ¡Ay! No me ha dicho  
                  cosa, mi señora, nadie,  
                  que a saberlo, lo dijera.  
                  ¡Ay!

ELENA:                   Dadle otro trato; dadle.

MINGO:        ¡Ah! Judas, como él colgado.  
                  ¡Ojalá que reventases  
                  de la suerte que el primero!

JUDAS:        ¡Ah! ¡sayón!

MINGO:                   ¡Ah! ¡Escriba infame!

ELENA:        ¿Dónde está el ara divina,  
                  deificada con la sangre  
                  de mi Dios?

JUDAS:                   ¡Ay! No lo sé.

MINGO:        Aunque más arrojes ayes  
                  te tengo de columpiar.  
                  Otra "qui volta" tiradle.

JUDAS:        ¡Ay!

ELENA:                   Di la verdad.

JUDAS:                   Sí, haré.

Haz, señora, que me bajen.

*Bájanlo*

ELENA: ¿Dónde está la Cruz divina?

JUDAS: No sé, señora.

ELENA: Sí, sabes.

MINGO: ¡Oh! ¡Borracho! ¿Para aquesto  
pediste que te bajasen?

ELENA: Hebreo, di donde está,  
o mandaré que te maten

JUDAS: Si no lo sé, ¿cómo puedo  
decirlo, por más que mandes?

ELENA: Atormentadle otra vez.

MINGO: ¡Ah, de arriba! Columpiadme  
a este niño.

JUDAS: ¡Ay, que tormento!

ELENA: ¿Dónde está la cruz, que es llave  
del alcázar celestial?

JUDAS: ¡Ay! yo lo diré.

MINGO: En el aire,  
porque mientras no lo diga,  
no hay pensar que han de bajarle.

JUDAS: Enterrada está en un monte  
entre el Tigris y el Eufrates.

MINGO: Ya lo dijo.

ELENA: ¿Dónde?

MINGO: Dice  
que entre los tigres y frailes.

ELENA: Morirás en el tormento  
traidor, mientras no declares  
donde está mi amada prenda.

JUDAS: ¡Ay! La maldición te alcance  
de Sodoma y de Gomorra.

MINGO: ¡Oh! Rabino, al fin cobarde;  
¿mi gorra, que culpa tiene,  
que la maldices?

JUDAS: ¡Ayudadme,  
Dios de Jacob, Dios de Isaac,

Mesías santo!

- MINGO: Aunque llames  
al menjüí y al ambar gris.
- JUDAS: Haz señora, que me abajen,  
que yo la verdad diré.
- ELENA: Bájenle pues, y matadle  
si donde está no confiesa.
- JUDAS: ¡No es posible ya que calle,  
que me quebrantan los huesos  
y me atormentan las carnes.  
¡Adios, secretos ocultos!  
¡Dios de Israel, perdonadme!  
En el monte de Sión  
hicieron que se enterrase,  
los antiguos de mi ley,  
y que encima edificasen  
una casa deshonesta,  
donde mujeres infames  
con ganancia torpe y vil  
aquel lugar profanasen.  
Después Adriano César  
mandó poner una imagen  
o estatua suya, y que allí  
como deidad le adorasen.  
Mas, vamos, señora allá  
y donde dijere, caven,  
que yo sacaré la cruz,  
aunque mis deudos me maten.
- ELENA: Vamos pues. ¡Ay, árbol mío!  
¡nido santo de aquel ave,  
que es Fénix de nuestro amor,  
y en ti permitió abrasarse!  
Si merece mi ventura  
que venga, mi cruz, a hallarte,  
yo haré que de plata y oro  
un templo ilustre te labren,  
donde te adoren y estimen,  
y que el Monarca mas grave  
por timbre de su corona  
tu figura santa enlace.

Avisen a Constantino,  
 acudan sus capitanes,  
 sus príncipes vengan todos,  
 los sacerdotes se llamen.  
 Instrumentos venturosos  
 traigan que la tierra aparten  
 que esta joya santa oculta,  
 digna de reverenciarse.  
 Yo os haré muchas mercedes  
 si esta joya viene a hallarse  
 por vos.

JUDAS: Yo la sacaré.

MINGO: Pues la verdad confesaste,  
 ya serás de hoy más confeso.

ELENA: ¡Ay, palma hermosa y süavel!

JUDAS: ¡Ay, descoyuntados hüesos!

MINGO: ¡Ay, qué tocino he de dartel!

*Vanse todos. Sale CLORO y criados.*

*Siéntase en una silla con un retrato en la mano, y vanse  
 los criados*

CLORO: Dejadme solo este rato,  
 ya que está ausente mi Irene,  
 si alma una pintura tiene,  
 hablaré con su retrato.  
 Similitud de un ingrato  
 pecho, que encendiendo el mío,  
 le provoca al desvarío  
 de un receloso desdén,  
 ¿por qué, queriéndote bien  
 espero, si desconfío?  
 ¿Es posible que el amor  
 de tu dueño fue fingido?  
 Pero sí, que tanto olvido  
 dimana de su rigor.  
 Porque de Cristo el favor  
 sigo, ¿es razón que me deje  
 Irene, y de mí se queje?  
 Si de veras me quisiera,  
 mi ley Irene siguiera;

pero no hay quien la aconseje.

Los dioses falsos adora,  
que es falsa su voluntad,  
y en mujer la falsedad  
siempre salió vencedora.  
¡Quien verla pudiera agora!  
Un sueño me inquieta en vano.  
Dormir quiero. Amor tirano,  
mi peligro conjeturo,  
que no dormiré seguro,  
con mi enemiga en la mano.

*Duérmese. Salen IRENE, ISACIO y LISINIO, de villanos*

LISINIO: Entrado hemos en su tienda,  
sin habernos conocido  
nadie en el disfraz fingido  
que nuestros pasos ofenda.

IRENE: Hoy la venganza encomienda  
las armas a mi rigor;  
mi agravio es ejecutor  
pues viene a satisfacerme.  
Pero ¿no es éste que duerme  
el mudable emperador?

ISACIO: Él es, y los dioses altos  
en fe que los ha ofendido,  
te le dan, prima, dormido.

IRENE: (Amor todo es sobresaltos.      Aparte  
Dentro el pecho, dando saltos  
el corazón, inquieto anda.  
Matarle el rigor me manda;  
la voluntad no obedece,  
pues si la ira la endurece,  
con su presencia se ablanda.  
Pero venza la razón  
y el desprecio de mi ley.)

LISINIO: ¿Qué aguardas?

IRENE: Si el gusto es ley,

monarcas mis celos son.  
 Cobrarán satisfacción  
 con su muerte. Amor, no hay más,  
 sujeto a mi agravio estás.  
 Satisfacerle colijo.

*COLORO habla en sueños*

COLORO: ¡Ay, Irene!

IRENE: (¿Irene dijo? Aparte

Pues vuélvome un paso atrás.

Quien durmiendo sueña en mí,  
 no me querrá mal despierto,  
 ni es bien que yo llore muerto  
 a quien vivo el alma di;  
 mas, ¡muera!)

COLORO: ¡Qué! ¿Te perdí?

Irene mía. ¿Qué? ¿Estás  
 ausente? Mal pago das  
 a quien el alma te dio.

IRENE: (¿Suya el César me llamó? Aparte

pues doy dos pasos atrás;

que si por suya me tiene,  
 traidor sera mi rigor

si da muerte a su señor  
 quien a darle el alma viene.

Con el retrato de Irene  
 dormido está cuando estoy  
 para matarle. ¿Yo soy

amante? ¿Hay tal desvarío?

¡Vos con el retrato mío!

Dos mil pasos atrás doy.

¡Mal haya el primero, amén,  
 que las armas inventó,

si tengo de llorar yo

por ellas el mayor bien!

¡Fuera, ingrato desdén!

¡Fuera, venganza atrevida!

que quien ama tarde olvida,

y si lo intenta, no acierta.)  
 Despierta, César, despierta,  
 que está en peligro tu vida.

COLORO: ¡Válgame la cruz sagrada!  
 ¿Qué voz el cielo me envía?  
 ¡Irene del alma mía!

IRENE: ¡Prenda por mi bien hallada!  
 A matarte vine airada,  
 pero ¿cuándo supo amor  
 ejecutar el rigor  
 en presencia del que adora?  
 Contra esta mano traidora  
 contra su esposo y señor  
 Venga tu agravio en Irene.

COLORO: Si haré con aquestos brazos,  
 que con amorosos lazos  
 mi ventura se previene.

IRENE: Lisinio a matarte viene  
 y Isacio, aunque el ser mi amante  
 le disculpa.

COLORO: ¿Hay semejante  
 traición? ¿hay atrevimiento  
 igual?

LISINIO: ¡Oh, mujeres! ¡Viento  
 en la inconstancia!

COLORO: Villano,  
 ¿tú contra mí? ¿Tú, tirano?  
 ¿Y el propuesto juramento?

LISINIO: El verte seguir a Cristo,  
 de Irene las persuasiones,  
 desleales ambiciones  
 me obligan a lo que has visto.

COLORO: ¿Cómo mi enojo resisto?

ISACIO: A tus pies pido, señor,  
 perdón, si basta el amor  
 a disculpar mi delito.

IRENE: Si tu cólera limito,  
 perdona a Isacio por mí.

COLORO: Yo le perdono por ti,  
 que en todo, mi bien, te imito.

Y a ti, Lisinio traidor,  
indigno de mi corona;  
que el que injurias no perdona,  
no se llame emperador.

LISINIO: Dame esos pies.

COLORO: Mi valor  
se venga de esta manera.  
Darte la muerte pudiera  
que piden tus tiranías,  
pero las ofensas mías  
no se vengan. Oye, espera.

LISINIO: ¿Qué mandas?

COLORO: Dos juramentos  
hiciste, que has quebrantado.  
Ya el uno está perdonado,  
y en él tus atrevimientos.  
Con martirios y tormentos  
los cristianos perseguiste;  
a infinitos muerte diste,  
asombro siendo del mundo,  
y el juramento segundo  
bárbaro y crüel rompiste.

Bien puedo yo perdonar  
mis agravios, pero no  
los de Dios, que me mandó  
sus contrarios castigar.  
Vengan en ti a escarmentar  
desleales y crüeles,  
y los romanos laureles  
sepan en mi desatino  
que así venga Constantino  
la sangre de sus Abeles.

*Dale muerte dentro*

IRENE: ¡Matóle! ¡Heroico valor!  
Pero es justo a queste pago  
de mis servicios. ¿Qué estrago  
hizo jamás el rigor

yéndole a la mano amor?  
 Refrenaron mis enojos  
 su vista.

ISACIO: Leves antojos  
 te disculpan, enemiga.

IRENE: Nadie que se venga diga  
 si ve a su amante a los ojos.

*Vanse todos. Salen ELENA, MINGO, y JUDAS, con  
 azadas*

ELENA: Cruz divina, en quien adoro,  
 si yo os hallo, si yo os veo,  
 rico queda mi deseo,  
 infinito es su tesoro.  
 La primera quiero ser  
 que saque, mi cruz, la tierra  
 que como mina os encierra.  
 Merézcaos mi dicha ver.

JUDAS: En aqueste monte está,  
 conforme la tradición,  
 señora, de mi nación.

MINGO: De sepulcro os servirá  
 el hoyo que hemos de abrir,  
 si no parece, judío.

JUDAS: Que hemos de hallarla, confío.

ELENA: Ni el oro que ofrece Ofir,  
 mi cruz, se iguala con vos,  
 ni las riquezas del Asia,  
 ni el cinamomo y la casia,  
 que sois árbol de mi Dios,  
 lleno de valor divino.

MINGO: Comencemos a cavar.

ELENA: Haced primero llamar  
 a mi hijo Constantino;  
 no pierda el precioso hallazgo  
 de esta joya soberana,  
 pues en ella el César gana  
 tan ilustre mayorazgo.

MINGO: Voyle a llamar; pero él viene,  
trocando el cetro en azada.

*Salen IRENE Y CLOORO con una azada*

CLOORO: Murió el tirano, y mi espada,  
hermosa y querida Irene,  
a vuestros pies, si es capaz,  
mi bien, del que en vos encierra,  
trueca mi enojo y su guerra  
en vuestra amorosa paz.

IRENE: Con tanto gusto la admito,  
generoso emperador,  
que en fe de mi firme amor,  
en cuanto hacéis os imito.

La cruz preciosa buscad,  
que yo desde aquí, con vos,  
a Cristo tendré por Dios  
rendida mi voluntad;  
que quien a un César obliga  
a que la tierra grosera  
cave de aquesta manera  
y humilde sus pasos siga,  
no es posible que no tiene  
fuerza de Dios y valor.

CLOORO: Echaste el sello a mi amor,  
discreta y hermosa Irene,  
y si idólatra te amé,  
contra nuestra ley tirana,  
ya agradecida y cristiana  
sol de mis ojos te haré.

ELENA: Hijo, solamente a vos  
os aguarda mi deseo  
para buscar el trofeo  
y triunfo eterno de Dios.  
Con ese humilde instrumento  
mostráis mayor majestad  
que con él autoridad  
de vuestro imperio opulento.

Vamos los dos a este monte,  
preñez del parto que espero,  
nacerá el sol verdadero  
que dé luz a este horizonte.

Yo he de dar, postrada en tierra,  
la primera azadonada.

COLORO: Si es, madre y señora amada,  
el depósito esta tierra  
del tesoro que esperamos,  
pidamos juntos los dos  
favor a su fénix Dios.

ELENA: Bien dices, hijo, pidamos.

COLORO: Puente divina, en piélagos profundos,  
que Dios franquea y pasa en mi reparo;  
pendón del cielo, e imperial labaro  
del Monarca divino sin segundo.

ELENA: Báculo de Jacob, en quien me fundo  
sustentar mi esperanza; Oriente claro,  
antes Ocaso, donde el pueblo avaro  
hizo ponerse el Sol, que alumbra el mundo.

COLORO: Arco de paz, que venturoso adoro.

ELENA: Cátedra donde Dios leyó de prima.

COLORO: Tálamo del amor, feliz misterio.

ELENA: Merezcamos hallar vuestro tesoro.

COLORO: Dadnos la joya que mi suerte anima,  
y estableced con ella nuestro imperio.

*Cavan, y suena un gran ruido, y cae una montaña,  
donde estarán las cruces, y canta una VOZ*

VOZ: *"Constantino, sólo a vos  
se reserva esta ventura.  
Ésta es la cruz que procura  
vuestra fe, cama de Dios."*

COLORO: ¡Oh, misterio soberano!  
¡Oh, celestial interés!

MINGO: Una buscáis, y son tres

las que halláis.

IRENE: César cristiano,  
derretida por los ojos  
sale a ver alegre el alma  
este cedro, aquesta palma  
que a Dios tuvo por despojos.

ELENA: Sí; ¿pero cuál de ellas es  
la cruz en quien Dios derrama  
su sangre, y sirvió de cama  
a su muerte?

COLORO: Aquí están tres.  
¿Cómo haremos experiencia  
de la que es joya infinita?

JUDAS: Si vuestro Dios resucita  
muertos la misma excelencia  
tendrá la cruz verdadera.  
Manda traer un difunto,  
y aquella que diese al punto  
vida al muerto, que no espera,  
en tocándole, esas dudas  
satisfará.

COLORO: Buen consejo.

MINGO: Sin fe le habéis dado, viejo;  
mas ¿qué mucho si sois Judas?

COLORO: A Lisinio muerte di  
por idólatra y traidor.  
La cruz le ha de dar favor  
y vida. Traíganle aquí.

MINGO: Vamos por él.

ELENA: ¡Palma santa  
que veros he merecido!

COLORO: ¡Que tal ventura he tenido!

IRENE: ¡Que por vos, divina planta,  
salí de la confusión  
de la ciega idolatría!

*Traen a LISINIO muerto, sobre una tabla*

MINGO: Ya un buitre, señor, quería

hacer con él colación.

COLORO:       La cruz primera bajad,  
y al muerto pongan sobre ella.

JUDAS:       Si cobra la vida en ella,  
yo tendré por ceguedad  
    la ley que el hebreo profesa  
y la sinagoga adora.  
Yo seré cristiano agora,  
si tal veo.

*Toma MINGO la primera cruz*

MINGO:        ¡Oh, cómo pesa!  
    No la llevara un Sansón,  
y más si sube una cuesta.  
    ¿Quieren apostar que aquésta  
fue la cruz del mal ladrón?

COLORO:       Ponelda encima los dos  
del difunto.

ELENA:        Dadnos luz  
si sois vos, divina cruz,  
la que dio abrazos en Dios.

MINGO:        ¡Pardiós! Tan muerto se está  
como su agüelo. ¿Qué espera?  
que esta cruz ya salió huera.

COLORO:       Sin duda esotra será  
    el árbol divino y santo.  
Quitalda.

MINGO:        Yo bien decía  
que del mal ladrón sería  
cruz, señor, que pesa tanto.

*Trae MINGO la segunda cruz*

Pues ésta no le va en zaga.  
Dándome va testimonio  
que es la cruz del matrimonio,  
segun pesa.

COLORO:           En ella se haga  
                    la experiencia apercebida.

ELENA:           Pues en la cruz dio a la muerte  
                    muerte Dios, por nuestra suerte  
                    dad a este muerto la vida,  
                    si sois vos, mi cruz, la cierta  
                    en quien se hizo aquesta hazaña.

MINGO:           A la primera acompaña.

IRENE:           ¿Muévese?

MINGO:           Sí, a esotra puerta.

COLORO:           Yo he de traer la tercera,  
                    que la fe a ello me inclina.

*Trae CLORO la cruz de Cristo*

ELENA:           Esfera de Dios divina,  
                    si sois la verdadera,  
                    sacadnos de aquestas dudas.

JUDAS:           Si ella tal milagro hiciese,  
                    sería ocasión que viese  
                    el mundo cristiano a Judas.

COLORO:           Árbol que en el paraíso  
                    de vida da fruto eterno,  
                    en quien el racimo tierno  
                    su licor exprimir quiso,  
                    mostrad agora que en vos  
                    nuestra ventura hemos visto.

*Pónenla sobre LISINIO, y éste resucita*

LISINIO:          No hay más Dios que Jesucristo.  
                    Cristo es verdadero Dios.

JUDAS:           Y yo cristiano desde hoy.

IRENE:           Yo la ley de Cristo sigo.

COLORO:          Yo de sus glorias testigo.

ELENA:           Y yo mil gracias le doy.

LISINIO:          Yo con penitencia larga,  
                    cruz, por vos adquiriré

el bien que perdí sin fe.

ELENA: Mi devoción, cruz, se encarga  
de haceros un templo tal,  
que no iguale a vuestra iglesia  
la antigua fábrica Efesia,  
ni el de Delfos le sea igual.

COLORO: Llevémosla entre los dos  
al Calvario, donde esté,  
pues en él, señora, fue  
el triunfo y muerte de Dios.

ELENA: Con vuestro hallazgo, soberana planta,  
granjeó nuestra dicha la riqueza  
de más valor, más precio y más grandeza  
que de Alejandro Grecia finge y canta.

COLORO: Yo, señal misteriosa y sacrosanta,  
os pienso colocar en mi cabeza,  
cifrando en vos mi imperio y fortaleza,  
dando a mis sucesores dicha tanta.

ELENA: No os tiene que dejar, preciosa oliva,  
palma, cedro y laurel, mi justo celo,  
pues deposito en vos el bien que he visto.

IRENE: La cruz de Cristo viva.

TODOS: ¡La Cruz viva!

COLORO: Árbol del mejor fruto, Iris del cielo.

TODOS: ¡Viva la cruz adonde murió Cristo!

COLORO: Ya su hallazgo habéis visto.  
A su triunfo os convida  
y demos fin al árbol de la vida.

FIN DE LA COMEDIA